

Promotio Iustitiae

COMUNIDAD COMO MISIÓN

Un cuerpo en misión. El camino ignaciano hacia la comunidad apostólica

Jesús Sariego sj

Comunidades que renuevan la cultura en la que viven

Patxi Álvarez sj

Un sentido católico de comunidad

Godfrey D'Lima sj

Comunidades de solidaridad: el estilo de vida de las comunidades jesuitas

Apostolado Social de la Conferencia Europea

La comunidad es misión

Andy Hamilton sj

La comunidad jesuita como misión

Andreu Oliva de la Esperanza sj

Algo viejo y algo nuevo: la comunidad como ministerio

Peter Knox sj

La espiritualidad jesuita, la comunidad y la práctica de la justicia social

John Bauman sj

Comunidad jesuita "Mariano Campos sj" de Tirúa.

Caminar, aprender y colaborar en territorio mapuche

Carlos Bresciani sj y Pablo Castro sj



**Secretariado para la Justicia Social
y la Ecología**

Editor: Patxi Álvarez sj

Coordinadora de Publicación: Concetta Negri

El Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en español, francés, inglés e italiano en la página web: www.sjweb.info/sjs. Allí podrá acceder a todos los números editados desde el año 1992.

Si desea hacer algún breve comentario sobre un artículo será sin duda bien recibido. De igual modo, si desea enviar una carta para su inclusión en un próximo número de *Promotio Iustitiae* utilice por favor la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la contraportada.

Les animamos a reproducir los artículos total o parcialmente siempre que lo consideren oportuno, agradeciéndoles que citen a *Promotio Iustitiae* como fuente y que envíen una copia de su publicación al Editor.

Contenido

Editorial	4
Un cuerpo en misión. El camino ignaciano hacia la comunidad apostólica.....	6
Jesús Sariego sj	
Comunidades que renuevan la cultura en la que viven	10
Patxi Álvarez sj	
Un sentido católico de comunidad.....	14
Godfrey D'Lima sj	
Comunidades de solidaridad: el estilo de vida de las comunidades jesuitas.....	17
Apostolado Social de la Conferencia Europea	
La comunidad es misión	24
Andy Hamilton sj	
La comunidad jesuita como misión	28
Andreu Oliva de la Esperanza sj	
Algo viejo y algo nuevo: la comunidad como ministerio.....	33
Peter Knox sj	
La espiritualidad jesuita, la comunidad y la práctica de la justicia social	38
John Bauman sj	
Comunidad jesuita "Mariano Campos sj" de Tirúa. Caminar, aprender y colaborar en territorio mapuche	44
Carlos Bresciani sj y Pablo Castro sj	



Editorial

Patxi Álvarez sj

Allá por el año 1998 el P. Kolvenbach envió una carta a toda la Compañía de Jesús en la que decía que la comunidad es ya en sí misma parte de la misión, una afirmación que resultaba novedosa entonces para los jesuitas. Años más tarde, la última Congregación General, la 35, celebrada en 2008, repitió esta afirmación y ofreció un tríptico de dimensiones necesarias de nuestra vida –la comunidad, la identidad y la misión–, que se apoyan y posibilitan mutuamente, a través del cual especificaba el valor y significado de la comunidad y su relación con la misión.

A su vez, durante la segunda mitad del s. XX surgieron en distintos lugares del mundo comunidades de inserción con jesuitas que deseaban compartir su vida junto a los pobres. Aunque en las últimas décadas hemos asistido a una reducción de las mismas, en algunas latitudes han sido creadas otras comunidades de acogida de personas en necesidad, a las que en estas páginas los autores se refieren como “comunidades de inclusión”.

Podemos afirmar, por tanto, que en estos momentos hay un interés en la Compañía por renovar el sentido de nuestra vida comunitaria de modo que podamos concebirla como misión y por posibilitar que ofrezca un espacio de cercanía a los pobres. La propia Congregación de Procuradores que tuvo lugar en Nairobi el año pasado dedicó una jornada completa a la cuestión de la “comunidad como misión”. De ahí que hayamos querido dedicar este número de *Promotio* a recoger una variedad de artículos que profundizan en esta llamada.

El primero de los artículos, del P. Sariego, nos permite recorrer el itinerario que nuestros primeros compañeros realizaron hasta llegar a conformar una comunidad apostólica. Esta perspectiva histórica subraya que la comunidad debe ser testimonio vivo de lo que anuncia y evidencia la interrelación que existe entre identidad, comunidad y misión. El segundo, elaborado por este Secretariado, muestra cómo las últimas Congregaciones han ampliado el horizonte de las comunidades expresando su importancia para la transformación de la cultura, sin la cual la promoción de la justicia no es posible. Comunidades de personas que se relacionan con valores nuevos son esenciales en nuestro empeño por la justicia. A continuación, el P. Godfrey D’Lima reflexiona sobre las dificultades para comprender la expresión “la comunidad es misión” en una orden religiosa que quiere ser apostólica, pues existe el riesgo de que un modo de vivir la comunidad obstaculice la misión.

El artículo escrito por el apostolado social de la Conferencia de Europa es un valioso documento colectivo, fruto de un encuentro –que tuvo lugar en noviembre del 2012– entre jesuitas que en Europa han ensayado nuevas vías para el desarrollo de comunidades cercanas a los pobres. Contiene discernimiento, experiencia y consenso. El P. Hamilton ayuda con un bello escrito a preguntarse por la forma concreta en que cada uno de nosotros

podemos, en nuestra vida cotidiana, hacer de la comunidad misión. Está escrito después de una profunda reflexión basada en una larga experiencia personal. El P. Andreu Oliva nos ha permitido generosamente incluir en estas páginas, con ligeros cambios, la rica comunicación que compartió el año pasado en la Congregación de Procuradores 70, en una jornada que los congregados dedicaron a esta misma temática. Ofrece un equilibrio entre el ideal y la realidad e incluye preguntas valiosas para orientarnos en ese ámbito de discernimiento. Por su parte, el P. Peter Knox ayuda a caer en la cuenta y agradecer la vida y el servicio de tantos jesuitas para los que la comunidad ha sido y es su misión. Añade asimismo de modo específico la necesidad de incorporar hoy la perspectiva ecológica en nuestras comunidades.

El presente número finaliza con dos experiencias. La primera, relatada por el P. Bauman, describe las comunidades PICO, comunidades de fe de distintas denominaciones que operan como red implicándose en la vida pública de los barrios y ciudades en que se ubican. Se trata de una realidad fecunda, bien asentada y con capacidad para ser implementada en una diversidad de lugares, pero posiblemente poco conocida en la Compañía. La segunda procede de Chile, de la comunidad de Tirúa, donde desde hace poco más de una década los jesuitas viven entre los mapuches, indígenas originarios de Chile, en una seria opción vital de los compañeros que residen con ellos y un compromiso decidido de la provincia.

Tal vez algunas partes de este número puedan ser utilizadas para la reflexión en comunidad o en grupos y comisiones del apostolado social. En todo caso, esperamos que la diversidad de los artículos aquí incluidos pueda seguir ayudándonos a profundizar en nuestra vida comunitaria, haciendo de ella misión y acercándola a la vida de los más necesitados.

Original español



Un cuerpo en misión. El camino ignaciano hacia la comunidad apostólica

Jesús M. Sariego sj
Provincial Centroamérica

En sus frecuentes pláticas sobre la naciente Compañía, gustaba decir Nadal que todo jesuita recorre el camino paradigmático de la vida de Ignacio¹. Su vida “fundaba” la Compañía en sentido pleno: desde ella, debemos entender la nuestra, sus compañeros. Es más, esa misma vida debe orientar el caminar de la Compañía; esta necesitará en su historia verse desde aquella. Siguiendo la metáfora, sin duda discutible, estas líneas recorren los hitos de la vida de Ignacio y buscan sugerir algunas luces a los jesuitas que buscan crear comunidades-misión, no sólo para la misión.

El peregrino solitario

En los sueños de Ignacio en Loyola en su primera conversión había mucho de auto-realización narcisista. El ideal del servicio nada tenía de proyecto grupal. Su deseo era imitar a los Santos, pero lo que atraía a Ignacio de Domingo y Francisco, no era el ser fundadores de una comunidad, sino el ascetismo de su conversión. En realidad le atraía más Onofre, prototipo del converso anacoreta². Incluso cuando soñaba en su nueva vida tras la conversión³, Ignacio excluía la Cartuja considerando que vivir debajo de reglas comunes sería limitar sus deseos personales. El peregrino quería estar libre para andar solo en sus penitencias.

En Manresa el peregrino experimenta un cambio copernicano. Por razones que aún no explican los ignaciólogos, Ignacio decide posponer su ferviente deseo de ir a Jerusalén y se detiene casi un año a las orillas del Cardener. En aquella eximia ilustración Ignacio dejó de ser un asceta para convertirse en místico. Fue una honda transformación: Dios no le llamaba tanto a la conversión sino, como a los apóstoles, al seguimiento de su Hijo, Jesús.

Tras esta nueva experiencia, Ignacio se sintió invitado a entrar en comunicación con otras personas saliendo de su aislamiento. Estaba ávido de “platicar cosas espirituales y de hallar personas que fuesen capaces de ellas”. En palabras de Polanco descubrió “que hablando con las personas, les hacía bien y dando lo que había recibido, esto no disminuía, antes

¹ Lop Sebastián, Miguel, “La vida del P. Ignacio en las pláticas de Jerónimo de Nadal”, *Ignaziana, Rivista di Ricerca teologica*, 5, (2008), 3-20.

² Leturia, Pedro de, “¿Hizo San Ignacio en Montserrat o Manresa vida solitaria?”, *Estudios Ignacianos*, I, IHSI, Roma, 1957, 113-178.

³ *Autobiografía*, 12.

aumentaba su vida interior". Se podría hablar, como afirma Casanovas⁴, de un germen del proyecto comunitario de Ignacio, pero en realidad es un deseo vago y poco preciso de juntarse con quienes deseaban seguir a Jesús, más mujeres que varones y más "oyentes de la palabra" que compañeros. Vago porque, al diseñar el viaje a Tierra Santa, el peregrino seguía pensando en singular y "aunque se le ofrecían algunas compañías, no quiso ir sino solo", pues quería experimentar en su vida que era posible "poner sólo en Él la esperanza".

Diríase que la primera conversión tiene mucho de proceso personal, antes que grupal. Entonces como hoy. Para renovar estructuras –tanto apostólicas como comunitarias– los jesuitas necesitamos antes que nada confrontarnos con la fuente de nuestra identidad, Aquel que nos llamó, y poner como Ignacio, en Él sólo nuestra esperanza. Es como volver a Loyola –cabaña de barro en euskera– para volver a dejarse remodelar, reformatear conforme a la consagración de nuestra identidad. Y posiblemente algunas comunidades necesiten comenzar por ahí.

Comunidad fraterna

Al regreso de Tierra Santa, Ignacio piensa en un proyecto grupal. Le mueve repetir el modelo de los apóstoles convocados por Jesús, recuerdo bien presente en su sensibilidad tras recorrer con Jesús aquellas "villas y castillos" –"*circuibat omnes civitates et castella*"–, como traducía la Vulgata Mt 9, 35.

Según González de Cámara ya en Barcelona, Ignacio tenía algunos compañeros "*todos mancebos y mochachos*": Calixto de Saa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y Juan Reynauld. Algo parecido de lo ocurrido en Alcalá y Salamanca: los "ensayalados" que usaban vestidos pardos hasta los pies y se mantenían de la limosna, "*haciendo vida a manera de Apóstoles*".

Todos estos conatos de crear un grupo, muchos salpicados del fervor indiscreto de la primera conversión cuajaron en los seis años que Ignacio vivió en París. Si viendo correr hondo el Cardoner, Ignacio descubrió la misión, en las orillas del Sena Dios le reveló el valor de la comunidad, o como él prefería decir, el cuerpo. "*Fue –afirma Simón Rodríguez– en aquella ilustre y gran academia parisiense donde Dios bosquejó la primera forma y especie de esta Compañía*"⁵. Una vez lograda una cierta estabilidad económica en 1529, Ignacio evita la predicación pública y opta por formar un grupo con los Ejercicios. Los primeros (Peralta, Juan de Castro, Esduayen) no cuajaron. El segundo grupo nace al calor de Santa Bárbara, donde los siete primeros compartirán oración, estudios y hasta "bolsa"⁶, pues como dirá Laínez, "*el visitarse a menudo y escalentarnos, ayudó mucho a mantenernos*"⁷.

Lo que marcará a este grupo es la hondura de su amistad. Una amistad que crecía en medio de las dificultades y que sellará el peligroso viaje a Venecia. No era cualquier amistad; era amistad en el seguimiento de Jesús pobre y casto que rechaza el poder y el honor del mundo; amistad forjada en la alegría ante las privaciones de aquellos estudiantes pobres y extranjeros en París.

Importa señalar que en este tiempo, a diferencia de lo que Ignacio vivió en las Universidades españolas, el grupo no hacía apostolado alguno. Descubrieron una visión no inmediateista de la misión. Sobre todo porque pensaban que el testimonio de vida era su primera manera de

⁴ Casanovas, Ignasi, *San Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesús*, Balmes, Barcelona, 1944, 249.

⁵ Rodríguez, Simón, *De origine et progressu Societatis Iesu*, Fontes Narrat. III, 10.

⁶ Mon. Fabri. 493.

⁷ Laínez. *Epistola...* Fontes Narrat. I, 102. Polanco, *Summa. Hisp.*, Fontes Narrat. I, 184.

extender el Reino y por eso varios jóvenes se les sumarían (Jayo, Bröet y Coduri). Así se consolidó una comunión que más tarde expresará el grupo en Roma.

En medio de este clima de convivencia ya en París tuvo lugar un tiempo de deliberaciones, donde establecieron acuerdos sobre su estilo de vida. En la primera, acordaron dedicarse a la Teología por tres años, evitar costumbres extraordinarias (penitencias, hábitos...) e intensificar su oración personal. Para sellar su deseo de seguir a Jesús como los apóstoles, vivirían en pobreza y castidad y una vez concluidos los estudios, viajarían a Jerusalén para dedicarse al apostolado. Si esto último no era posible, se presentarían ante el Papa. Como dice Fabro, prometieron dejar "*padres y redes*". El acuerdo se selló en Montmartre en agosto de 1534.

Obsérvese que los compañeros no vivieron nunca todos juntos. Y sin embargo mantuvieron una disciplina de reuniones y encuentros periódicos, formales e informales que conservaban la llama del "fuego" que habían experimentado en los Ejercicios. Su convicción básica era que el Señor les invitaba a mantenerse unidos, pues "*el que los quería para fundamento de una grande obra y de mucho servicio suyo, los conservaba*"⁸.

La etapa de París ofrece una invitación nueva para la comunidad jesuita. El grupo de amigos no solo se entrega al Señor. Además, establece una vinculación entre ellos, pese al futuro incierto y así es grupo firme y estable. Ignacio mismo antes del viaje a España en 1535 desea resolver una acusación "*porque tenía compañeros*"⁹. He aquí una segunda etapa para una comunidad jesuita: desarrollar lazos de pertenencia mutua, crecer en vínculos del amor "que viene de arriba", ser capaces de expresarlos, apostar por proyectos comunitarios testimoniales y atractivos, ser pobre y cercana a los pobres, remodelar un estilo evangélico de autoridad, compartir los bienes, abrir las puertas a los excluidos, ser un grupo "original" y llamativo; edificar, en fin, humildemente, fraternidad en un mundo roto siendo un signo eucarístico del Reino... Una tarea aún pendiente para muchas de nuestras comunidades.

Viviendo la misión como cuerpo

La llegada a Venecia en 1537 y los dos años de espera cambiaron al grupo. No serán solo "amigos en el Señor", sino un cuerpo para vivir la misión, no únicamente unido por el vínculo de la amistad.

Este camino que vinculó comunidad y misión fue resultado de las deliberaciones, que relatan los documentos fundacionales. La segunda ocurrió en julio de 1537 en San Pietro Vivarolo (Vicenza). Contaban con la bendición papal para embarcarse, pero la inminencia del conflicto turco desaconsejaba el viaje. Deciden esperar, preparar sus primeras misas y trabajar en hospitales; establecen que cada uno será superior del otro una semana. En realidad solo Cristo era su superior, pues "*viendo que no tenían cabeza ninguna entre sí, ni otro Preósito sino a Jesucristo a quien sólo deseaban seguir*"¹⁰, decidieron llamarse compañeros de Jesús.

Tras Vicenza, Ignacio invita al grupo a reunirse en Roma (abril 1539). Diez compañeros se juntan en casa de Quirino Garzoni, esperando presentarse al Papa. Están volcados al trabajo apostólico en la Universidad, predicando, confiesan y ayudan a los pobres. Es su primera comunidad de vida "estable". En junio de 1539, ante la inminencia de la separación, en la

⁸ Laínez, *Summ. Hisp.*, n. 56.

⁹ *Autobiografía*, 86.

¹⁰ Laínez, *Summ. Hisp.*, n. 86. Polanco, *Chronicon*, I, 72-74.

nueva residencia de Frangipani, tiene lugar la tercera deliberación, la de “los primeros Padres” cuyas dos conclusiones conocemos: pese a la dispersión por Italia, permanecerán unidos como un grupo. Además, prestarán obediencia a uno de ellos. Acuerdos difíciles, sobre todo el segundo, porque les acercaban a la vida religiosa cuya imagen no atraía por el desprestigio desde la Reforma. La base de estos acuerdos fue su pasado. El grupo sentía que “no debía romper esta unión y congregación hecha por Dios, sino confirmarla y agrandarla cada día más”.

El tiempo en Roma selló el destino de la futura Compañía. No será una congregación de “vida en común”, sino para compartir una misión apostólica. Dispersos según las crecientes necesidades de la Iglesia, mantendrán el vínculo de la pertenencia. Un modelo de vida que, como sabemos, experimentará cambios en el tiempo de Ignacio en Roma. Nada transformó tanto la estructura de la Compañía como el surgimiento de los Colegios. En estos años –solía decir el P. Batllori– la Compañía cambió más de lo que lo hizo desde entonces. Ignacio descubrió que para poder incidir en los cambios culturales y en las costumbres (“*mores*”), nada importaba tanto como la educación. Por eso apostó por proyectos como el Colegio de Mesina, la Universidad de Gandía o el Colegio Romano, donde él mismo explicó el Catecismo. Este cambio “ocupacional” transformó la fisonomía de las comunidades jesuitas. Los que “*residirán firme y continuamente en algunos lugares*”¹¹, como gustaba decir la Parte Séptima de las Constituciones, serán la mayoría de los jesuitas, aunque siempre estarán disponibles “con un pié alzado”.

Esta última etapa del camino comunitario de Ignacio ofrece sugerencia para la comunidad-misión de hoy. Ante todo, sólo puede darse la comunidad-misión si antes ha existido vinculación de los compañeros en torno a la identidad. Por eso Ignacio postergó la incorporación de nuevos compañeros en Roma¹². No se puede compartir misión si antes no se es compañero en identidad y puesto que esta se reformula, exige una renovación permanente. Tampoco es posible unión en dispersión si antes no hay vinculación identitaria. Además, deben existir relaciones entre comunidad y vida de los misionados. Las crónicas cuentan cómo los compañeros no dudaron en atender a tantos pobres como acudían a ellos. Y es que el medio misionero debe marcar la experiencia de comunidad. No hay comunidades “estándar”, sino configuradas por las demandas reales pues toda comunidad debe realizar un camino personal para hacer suya la misión de la Compañía donde vive. Por último y ante todo, la comunidad deberá ser testimonio vivo de lo que anuncia: ámbito de encuentro y reconciliación de los hermanos, fragua de diálogo en la diversidad y apoyo en la fragilidad para todos.

Original español

¹¹ Constituciones, [603], [636]

¹² Osuna, Javier. *Amigos en el Señor. Unidos para la dispersión*. Mensajero - Sal Terrae, 1998, 127.



Comunidades que renuevan la cultura en la que viven

Patxi Álvarez sj

Secretariado para la Justicia Social y la Ecología, Roma

El 12 de marzo de 1998 el P. Kolvenbach escribió un documento sobre la vida comunitaria en respuesta a las cartas *ex officio* del año precedente. El texto es largo y en él el entonces P. General reflexiona en profundidad sobre esta faceta de nuestra vida religiosa.

La Compañía podrá leer por primera vez en esta comunicación del P. Kolvenbach que “la vida comunitaria es ya por sí misma parte integrante de la misión” y no un mero lugar de reunión de los compañeros de Jesús. Nunca se había ido tan lejos. La expresión no deja hoy de producir sorpresa entre no pocos jesuitas, cuando no una reacción espontánea de confusión. La afirmación necesita por tanto explicación. Es lo que tratamos de realizar en este artículo.

En primer lugar recorreremos los documentos de las últimas Congregaciones Generales (CG). En un segundo momento, pasaremos a describir algunos campos en los que esta faceta de nuestra misión se puede desarrollar.

1. Precedentes en la Congregación General 34

El último decreto elaborado por una CG sobre la vida comunitaria tiene ya 38 años, y se encuentra entre los textos de la CG 32 (1975) bajo el título “La unión de los ánimos”. Después de él, las Congregaciones no han elaborado ningún otro texto sobre comunidad. Sin embargo, tanto la CG 34 (1995), como la CG 35 (2008) han incluido en sus decretos algunas referencias a la vida comunitaria, a los que aludiremos a continuación. Esas referencias iluminan una nueva línea de reflexión que ha dado lugar a una forma más completa de comprender la misión, en la que construir comunidad es un componente esencial de la misma.

El tono de la CG 34 es muy diverso de aquel de la 32. El decreto cuarto de la 32 era un texto programático que se proponía con valentía alcanzar metas elevadas. Veinte años más tarde, en 1995, los jesuitas reconocen haber vivido un “tiempo de prueba” (d. 1, n. 1), lo que proporcionará a su trabajo lucidez y sabiduría. Ha habido mártires, conflictos internos, abandonos de compañeros valiosos y desencantos. Se reconoce que el compromiso por la justicia debe construirse sobre una sólida base espiritual, para la que se presentan dos fuentes: el contacto con los pobres y la inspiración que procede de quienes se comprometen con causas justas. Más importante aún para la finalidad de este artículo, se cae en la cuenta de que “el cambio social no consiste solo en la transformación de las estructuras políticas y

económicas, puesto que estas tienen sus raíces en valores y actitudes socioculturales” (d. 3, n. 10).

Esta convicción es la que da un giro inesperado a la reflexión de la Congregación, obligándola a pensar de un modo novedoso. Hasta entonces había existido la seguridad de que la promoción de la justicia debía orientarse a cambiar las estructuras políticas y económicas que generan injusticia. Las herramientas privilegiadas para lograrlo eran la presión pública y la incidencia. Pero de pronto se cobra conciencia colectiva de que, si no se toca la cultura, el cambio real es prácticamente imposible.

De ahí que pasara al primer plano la *necesidad de un cambio cultural*, transformando mentalidades, actitudes y percepciones. La cultura es un modo de vida compartida que se basa en un sistema de valores, significados y visiones del mundo, que adquiere consistencia en instituciones y estructuras económicas y legales. Aspirar a modificarlo es creer posible alterar nuestro modo común de comprender la vida y de relacionarnos unos con otros.

La Congregación concluirá que ese cambio cultural solo puede producirse mediante la inserción de comunidades que vivan con valores nuevos. Las llamará *comunidades de solidaridad*: “La plena liberación humana, para el pobre y para todos nosotros, se basa en el desarrollo de comunidades de solidaridad tanto de rango popular y no gubernamental como de nivel político, donde todos podamos colaborar en orden a conseguir un desarrollo plenamente humano” (d. 3, n. 10).

Es importante destacar aquí que la referencia no es exclusivamente a comunidades de jesuitas. El texto apunta a la necesidad, en todos los ámbitos, de comunidades de valores nuevos, de solidaridad, tal como señala.

Esa línea de pensamiento aparecerá en otros lugares de la CG 34: “la fe que mira al Reino engendra comunidades que contrarrestan el enfrentamiento y la desintegración social... Si las injusticias se han de reconocer y resolver, entonces son las comunidades fundadas en la caridad religiosa... las que deben enfrentarse con la avidez, el chauvinismo y la manipulación del poder” (d. 2, n. 13). Y también dirá que “en cada uno de nuestros distintos campos apostólicos debemos crear comunidades de solidaridad en búsqueda de la justicia” (d. 3, n. 19).

En definitiva, se produce aquí un giro muy importante: si deseamos promover la justicia no sólo debemos ejercer la incidencia, sino también construir comunidades con valores nuevos y evangélicos, que cultiven la solidaridad samaritana, hagan viable una nueva cultura inclusiva y trabajen en el ámbito público en favor de estructuras políticas y económicas justas para la convivencia. Es así que entonces, desde la perspectiva de la promoción de la justicia, la construcción de comunidades ha pasado a ser una dimensión esencial de nuestra misión.

2. La reflexión sobre la comunidad en la Congregación General 35

Tampoco la CG 35 introdujo un decreto sobre la comunidad, pero incluyó de modo deliberado algunas consideraciones sobre ella. Lo hace en primer lugar en un contexto en el que menciona que la identidad del jesuita es relacional: “La identidad del jesuita y la misión del jesuita están enlazadas por la comunidad; efectivamente, identidad, comunidad y misión son una especie de tríptico que arroja luz para entender del mejor modo posible nuestra condición de compañeros” (d. 2, n. 19). Lo que somos, el modo en que vivimos unos con otros y lo que hacemos están inextricablemente entrelazados. La misión –que motiva la

existencia de la Compañía– se levanta sobre un modo de ser y de relacionarnos mutuamente.

En el decreto 3 sobre misión se retomará nuevamente el tema, más concretamente en el n. 41, donde se recogerán las palabras del P. Kolvenbach diciendo que la comunidad es ella misma misión, por el testimonio colectivo que ofrece y porque anuncia con las obras lo que los jesuitas proclaman con las palabras. Ese testimonio colectivo lo extiende a “nuestros ministerios e instituciones” que deben encarnar nuevas relaciones justas con Dios, con los hermanos y con la creación (n. 42).

Se repiten por tanto aquí dos ideas: de un lado, la CG 35 señala que la vida interna de las comunidades actualiza y expresa el mensaje que anunciamos, mostrando la plausibilidad de los valores que proclamamos y la necesidad de que se vivan en grupos humanos. Por otro lado, también afirma que estas dinámicas comunitarias que requiere nuestra misión van más allá de nuestras comunidades de jesuitas, alcanzando de modo preferente a nuestras instituciones y a los ámbitos donde desarrollamos nuestros ministerios.

3. Construir comunidad: una misión allí donde nos encontremos

Aspirar a renovar las estructuras de la convivencia humana implica introducir en la trama de nuestras culturas grupos humanos que vivan con los valores del reconocimiento, la inclusión y la solidaridad. Servir hoy la fe y promover la justicia conlleva realizar este esfuerzo de construcción de comunidades que visibilicen y hagan viables estos valores, en una diversidad de ámbitos. Mencionaremos tres:

a. Comunidades de jesuitas

Las comunidades de jesuitas están llamadas a ser expresión de los valores del Reino, en el modo en que compartimos nuestra fe, nos relacionamos unos con otros y vivimos nuestro voto de pobreza en solidaridad con los más necesitados.

Tal vez podamos subrayar algunos rasgos especialmente relevantes. Nuestras comunidades son hoy el lugar privilegiado para vivir cerca de los pobres. Cuando tantas de nuestras instituciones están instaladas en medios acomodados, la comunidad jesuita constituye muchas veces la oportunidad de expresar que creemos en una iglesia de los pobres y para los pobres, el espacio donde compartir las estrecheces de la vida con las mayorías del planeta y de nuestras sociedades y el ámbito natural donde identificarnos con el Jesús pobre y humilde del Evangelio. El lugar en donde se sitúan estas comunidades y sus condiciones materiales deciden en buena medida nuestro estilo personal de vida. Comunidades con cierto grado de inserción o que acogen a los excluidos deberían ser el modo natural de vida en la Compañía (S. Ignacio, *Carta a los Padres enviados a Trento*, 1546).

Esas comunidades son también el lugar para la conversación espiritual, para compartir nuestras mociones espirituales, nuestras esperanzas y sueños apostólicos. Un espacio humano donde renovarnos interiormente que va más allá de nuestras comunidades de vida. Muchas veces se trata de compañeros a los que nos sentimos muy unidos, aunque físicamente tal vez muy lejanos, pero que motivan nuestra vocación y la renuevan en su generosidad y compromisos, ayudando a profundizar nuestra fe y fortalecer nuestro empeño por la justicia.

b. Comunidades en nuestras instituciones

Nuestras instituciones están llamadas a constituir verdaderas comunidades. Primariamente deben ser acogedoras, conocidas por su valoración de las personas y la ayuda a su crecimiento, justas en su funcionamiento, apreciadas por sus posicionamientos públicos en favor de causas justas, abiertas a los excluidos y capaces de compartir libremente la fe. Únicamente una institución que cuenta con una comunidad de personas que comparte motivaciones y esperanzas puede lograr esto.

Para conseguirlo es necesario realizar muchos esfuerzos: atraer y contratar a personas que puedan participar de un proyecto así, ofrecer formación en nuestra identidad y misión, comprometernos cada día con causas públicas que contribuyan a un mundo más justo, facilitar espacios de discernimiento orante en común donde todas las personas puedan orientar la institución hacia el magis, celebrar en clave creyente éxitos y fracasos. Es decir, se trata de canalizar muchos esfuerzos hacia la construcción de un sentido de comunidad en nuestras instituciones.

Es más fácil contratar personas eficientes que buscar aquellas que pueden alinearse con nuestra misión con compromiso y entusiasmo. Pero solo podemos contribuir a la misión de la Compañía si, además de personas de calidad profesional, contamos con una comunidad de jesuitas y laicos que comparten el deseo de servir a una misma misión, que viven con valores de solidaridad y justicia y los transmiten por contagio.

c. Promover comunidades laicales

Con frecuencia, nuestra pastoral está basada en los Ejercicios Espirituales. Tal vez por este motivo se halla especialmente orientada hacia las personas individuales. Por el contrario, en muchas latitudes nos falta capacidad para promover comunidades laicales que crezcan con autonomía en su identidad cristiana. Sin embargo edificar la Iglesia implica favorecer la formación de comunidades. Las personas que acompañamos, una vez que toman la decisión de seguir a Jesús, necesitan una comunidad donde poder caminar junto a otros. A su vez, esas comunidades pueden renovar la trama cultural en la que viven mejor que ninguna persona por separado. La Iglesia y el mundo necesitan de esas comunidades.

En todo caso, podríamos decir que nada de esto se puede realizar si no es desde un talante de amistad. Cultivar la amistad, generar amigos, cuidarlos, apoyarlos en los momentos de dificultad, fiarse de ellos en la misión, colaborar y comprometerse unos con otros, es esencial a la construcción de comunidades, que siempre es un ejercicio y un fruto de la amistad.

Original español



Un sentido católico de comunidad

Godfrey D'Lima, sj

Maharashtra Prabodhan Seva Mandal, Nashik, India

El término «comunidad» tiene diferentes niveles de comprensión. Comienza por personas físicamente próximas que se comprometen en actividades complementarias para llevar a cabo una misión específica. Se extiende luego a un sentido católico de comunidad, que es una solidaridad de pensamiento y acción, cada vez más dilatada, con todos los pueblos y al servicio de ellos: el establecimiento del Reino de los cielos. La concepción cristiana de la comunidad solo aflora cuando uno acepta que la comunidad nunca se detiene en un grupo particular de personas, sino que es la siempre creciente red de relaciones con vistas a construir el Reino. Al igual que se cita a Jesús diciendo: “¿Quién es mi madre, mi hermano, mi familia? Todo aquel que cumple la voluntad de mi Padre”», así también es posible que la comunidad deba ser realizada por etapas, como personas o grupos con los que nos asociamos y que a su vez eligen asociarse con nosotros en la expedición en busca del Reino de los cielos.

Esta conciencia se articula a partir de la experiencia de comunidad en la vida jesuita, empezando por la comunidad del noviciado, más separada. En ella se acentúa la restricción de la experiencia con la esperanza de ahondar en el carisma vocacional. Uno marcha luego a casas comunes más grandes, en las que existe mayor diversidad de culturas y temperamentos, así como una mayor libertad para desarrollarse siguiendo el camino propio. Por último, a uno se le encarga llevar adelante la misión como sacerdote o hermano en instituciones o fuera de ellas, pero siempre en ámbitos donde es necesario encontrarse con la sociedad más amplia y colaborar con ella en una diversidad de tareas que fomentan el bienestar humano, tanto espiritual como físico e intelectual –o según cualquier otra clasificación que proponamos.

He descubierto que la vida comunitaria jesuita alcanza su máxima realización cuando se inserta en el contexto de otros muchos círculos de comunidad. Durante la formación valoré los contactos apostólicos que se nos alentaba a entablar más allá de los límites de las casas de formación y de las comunidades existentes en ellas. A lo largo del estudio de la teología, un grupo de nosotros residió en un apartamento junto con otras familias de clase media-baja, a fin de que el ambiente de las áreas pobres influyera en nuestra manera de hacer teología y e orientar nuestra vocación religiosa.

En mi actual destino en una organización jesuita con base en la ciudad de Nashik, en el estado indio de Maharashtra, hemos desarrollado de manera intencionada un modo de ser en comunidad. No vivimos físicamente en el mismo lugar. Nos reunimos para diseñar y organizar el trabajo y luego nos marchamos a residir a diferentes puntos neurálgicos, desde donde atendemos la responsabilidad específica asignada a cada cual. Así, la misión es realizada por una comunidad que se halla inserta en otras comunidades y establece de

continuo relaciones con círculos cada vez más amplios, con el fin de servir lo mejor posible a la misión encomendada. Nuestra comunidad jesuita se asemeja a lo que se vivía en los primeros tiempos de la Compañía, cuando sus miembros desempeñaban su respectiva misión lejos unos de otros, pero vinculados por la visión y el espíritu.

Cuando la Congregación General declaró que la «comunidad es misión», ello se me antojó inadecuado y narcisista. Parecía contradecir la vocación del jesuita y, en realidad, de todo cristiano, que mira hacia fuera y considera la pertenencia al grupo como un medio para entregarse sin reservas a la causa del Reino de Dios. Era como si la Compañía de Jesús hubiese implosionado sobre sí misma cual cuásar, perdiendo su relevancia universal y su dinamismo. Tenía la impresión de que no habíamos conseguido encontrarnos a nosotros mismos en el contexto del Reino de Dios y que habíamos recaído en una opción estrecha de miras. Hacer de la comunidad el centro sin afirmar al mismo tiempo su más amplia finalidad apostólica sería como enunciar el mandamiento de amar a Dios sin su corolario inmediato, que es amar al prójimo como a uno mismo. Sin embargo, somos llamados a restituir la perspectiva que tal vez haya quedado excluida de la citada afirmación de la Congregación General dilatando el concepto de comunidad de modo tal que incluya círculos cada vez más amplios de interrelación humana.

La misión en la comunidad y para la comunidad requiere un crecimiento de uno mismo para ir más allá de los angostos círculos de un compañerismo que se contenta con mantener la paz y elude el riesgo y el talante pionero necesarios para seguir creciendo. Nuestra solidaridad con la comunidad más amplia abrazará paso a paso causas cada vez más amplias, que conciernen a un gran número de miembros de la familia humana. ¿Quién hay que no sea de mi comunidad?: esa es la retórica del jesuita y del cristiano. Y con más razón aún es el signo distintivo de quienes aseguran ser “católicos”. Allí dondequiera que exista una posibilidad de que progrese el Reino de los cielos –que constituye el bienestar y la felicidad de todos y cada uno de los hombres, la fundamentación de la vida humana sobre los principios de la justicia y la igualdad, la constante apertura a lo divino– allí encontrará el jesuita su comunidad. Aunque esté físicamente solo, aunque experimente incluso abandono real como el propio Jesús, el jesuita, enraizado en la visión y la misión del Reino de los cielos, encontrará comunidad –comunidad– con Dios y con el prójimo, a menudo en una asociación inesperada y sorprendente que hace posible y real la misión.

No tenemos más que mirar a la vida de Jesús para darnos cuenta de que construir una comunidad supone un gran reto. Este reto no se puede afrontar por medio de horas sociales e interminables esfuerzos narcisistas por evitar que el grupo someta a crítica su propia orientación. Si el grupo no es capaz de centrarse en un propósito de comunidad de mayor inspiración evangélica, la lucha será incluso más exigente. Pero semejante lucha bien merece la angustia que conlleva. Porque está anclada en el seguimiento de Jesús y abre el camino hacia una mayor sensibilidad para las necesidades del mundo de Dios. ¿Y qué mejor propósito en la vida que tocar ese horizonte de relevancia humana?

La prueba del nueve de la comunidad es la misión. Esta define y configura la comunidad. Si la Compañía se toma en serio la misión y se compromete con ella, la comunidad encontrará su norte, superará sus luchas de compatibilidad o aprenderá a vivir con ellas en aras de prestar un mayor servicio al mundo de Dios. En una reciente reunión de jesuitas en Delhi, uno de nosotros señaló con franqueza que las probables razones de que nos invada la sensación de un debilitamiento de la identidad residen en la falta de una conciencia definida de misión. Es posible que no hayamos ingresado en la Compañía con una clara conciencia de misión. A buen seguro, en los relatos de la infancia jesuita la seguridad del noviciado se convierte en un momento muy preciado. Pero si queremos alcanzar la mayoría de edad

jesuita y cristiana, tal seguridad debe ceder paso al desafío apostólico; entonces, un nuevo espíritu nos colmará con una meta, con una razón para hacer las cosas, con el deseo de salir al mundo de Dios a trabajar por el Reino. Luego, las configuraciones de la comunidad irán cambiando conforme lo exija la misión. Unas veces seremos parte de grupos mayores, otras estaremos solos. Es posible que nos sintamos compañeros tanto de cristianos como de no cristianos en compromisos varios. Con la Compañía nos relacionamos más en espíritu y verdad que a través de estructuras físicas.

¿Dónde encontraremos la comunidad jesuita del futuro? Si no tiramos completamente por la borda ni diluimos la opción fe-justicia, tal vez nos descubramos a nosotros mismos formando parte de maravillosos grupos de personas motivadas de manera semejante a la nuestra para trabajar en favor de mejores condiciones de vida para una multitud de seres humanos. Aprovecharemos las ideas y virtudes de cualquier persona de buena voluntad. Es posible que entonces dispongamos de menos tiempo para la incesante ronda de celebraciones de aniversarios jesuitas, que nunca nos faltan debido a nuestra edad, ya personal, ya institucional. Pero disfrutaremos de la alegría de pertenecer a una comunidad entusiasta y comprometida, a menudo en situación de diáspora, implicada junto con personas de buena voluntad en el esfuerzo de propiciar tiempos mejores para el mundo, la Tierra y el universo: el reino de los cielos presente y futuro.

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor



Comunidades de solidaridad: el estilo de vida de las comunidades jesuitas¹

Apostolado Social de la Conferencia Europea

Madrid, noviembre 2012

Con el título “comunidades de solidaridad” queremos aludir tanto a la rica tradición de las *comunidades de inserción* como a la más reciente experiencia de lo que hemos llamado “comunidades de inclusión”. La cuestión subyacente en todos estos casos está relacionada con la proximidad a los pobres y excluidos, con los estilos de vida comunitaria que cultivamos y con la búsqueda de caminos para revitalizar nuestra vida en común como un signo del anuncio del Evangelio.

El tema de la vida comunitaria no siempre ha sido sencillo en la Compañía. Mientras que un modelo de vida *ad dispersionem* hace de la comunidad un lugar para encontrarse casi exclusivamente en el tiempo que dejan libre los compromisos apostólicos, las comunidades dedicadas a la educación en centros de enseñanza han tendido hacia formas de vida monástica, debido en parte a que la regularidad del trabajo docente configuraba la forma de vivir en común.

A partir de la década de 1960 fuimos testigos en Europa de la experiencia de muchos miembros de la Compañía de Jesús –y de otras órdenes y congregaciones religiosas– que fueron a vivir a zonas marginales de las grandes ciudades con la intención de compartir su vida con los pobres y excluidos. Su presencia entre ellos ha adquirido formas diversas. Al principio, la inserción se llevaba a cabo característicamente a través del trabajo manual, con un fuerte compromiso con grupos culturales y con las condiciones de vida. Más tarde algunas de estas comunidades añadieron una dimensión pastoral (por ejemplo, asumiendo la responsabilidad de una parroquia). Los diversos modos de inserción eran un reflejo del estilo de cada comunidad. Con el tiempo, sin embargo, muchas de estas comunidades de inserción comenzaron a desaparecer, ya que cada vez había menos jesuitas jóvenes disponibles para remplazar, lo que en numerosos casos obligó a cerrar la comunidad.

La reunión de Madrid quería reunir estas experiencias, compartirlas e iniciar un proceso de reflexión que, animado por el sector social, pudiera ser seguido en las distintas provincias jesuitas de Europa. Presentamos este documento –un resumen de algunas de las principales

¹ Del 23 al 25 de noviembre de 2012 se celebró en Madrid una reunión sobre el tema “Comunidades de solidaridad: el estilo de vida de las comunidades jesuitas”, organizada por el coordinador del sector social de la Conferencia de Provinciales Europeos a petición de los delegados del sector social de dicha Conferencia. El apoyo de los delegados del sector social españoles fue fundamental para el éxito de la reunión; aquí queremos, por eso, agradecerse.

ideas compartidas en Madrid- con la esperanza de que pueda servir de base para la reflexión común.

23 jesuitas de 13 diferentes provincias jesuitas de Europa participaron en la reunión, en la que también estuvieron presentes el P. Xavier Jerayaj, del SJES de Roma, y el P. John Dardis, presidente de la Conferencia europea. Al final de este texto se ofrece una lista de los participantes. Durante el encuentro tuvieron lugar dos mesas redondas en las que se presentaron las siguientes experiencias:

- Loiolaetxea (San Sebastián, España), iniciada en el año 2000, es una comunidad que acoge principalmente a personas que acaban de salir de la cárcel. El grupo nuclear está formado por jesuitas, laicos y trabajadores sociales. El proyecto comunitario guía la actividad, que busca la reintegración comunitaria e inclusión social de reclusos recién puestos en libertad.
- La Viale (Quartier Gallet, Bélgica) es una casa concebida para albergar retiros y momentos de oración y está ubicada en una zona rural. Desde el principio ha acogido a personas con dificultades psicológicas o sociales, que son integradas a través de la participación en la vida comunitaria, la oración y el servicio.
- Comunidad de Vida Cristiana (CVX, Sevilla, España) tuvo un proyecto desde 2008 a 2011. Dos familias, miembros de CVX y participantes en un programa de Cáritas, compartieron una casa en la que acogían a familias de inmigrantes, en especial mujeres y niños. A su alrededor surgió una red de apoyo: jesuitas, miembros de CVX y muchos laicos y amigos más. Ofrecían un ambiente familiar, estaban motivadas por la fe y eran una "comunidad acogedora". Cada una de estas dos familias continúa alojando de manera temporal a personas en sus respectivos hogares.
- Durango (España) es una comunidad jesuita "tradicional", vinculada a un centro educativo y formada por padres y hermanos jesuitas, la mayoría de ellos ya jubilados. Hospedan a jóvenes inmigrantes irregulares durante varios meses, tiempo durante el cual les ayudan a encontrar trabajo y a legalizar su situación y les enseñan castellano.
- Malta tiene una comunidad jesuita de inserción. A través del Centro Social Paulo Freire están involucrados en la alfabetización y promoción social de adultos. Tras una larga trayectoria de más de veinte años se enfrenta ahora a nuevos retos ocasionados por los cambios demográficos y por la aparición de nuevas formas de pobreza.
- La comunidad jesuita Padre Rubio (Ventilla, Madrid) acoge a jóvenes inmigrantes subsaharianos sin hogar y en situación irregular. Los inmigrantes comparten las tareas domésticas y toman parte en un programa claro y bien definido encaminado a fomentar la formación, la búsqueda de empleo y la integración social.
- Uretamendi (Bilbao, España) es una comunidad de inserción que estaba en declive por la falta de miembros. La provincia decidió revitalizarla a través de un proyecto con jóvenes procedentes del Magreb. Este proyecto tiene como objetivo ayudar a dichos jóvenes a desarrollar habilidades que les permitan encontrar empleo e integrarse en la sociedad.

Además de estas presentaciones, hubo trabajo en pequeños grupos. La reunión se celebró en el barrio de La Ventilla, en Madrid, donde la Compañía tiene una presencia importante.

Visitamos el centro “Pueblos Unidos”, que brinda apoyo a la población inmigrante en forma de ayuda legal y formación. Las sesiones de trabajo tuvieron lugar en el Centro de Formación Padre Piquer. Las comidas estuvieron preparadas por diversos grupos de inmigrantes y el domingo celebramos la Eucaristía con la comunidad parroquial de San Francisco Javier. Aparte de los debates fecundos, el éxito de la reunión se debió sin duda a la acogida que recibimos de los jesuitas y de los amigos –en su mayoría inmigrantes– del barrio de La Ventilla.

El presente documento se divide en cuatro partes con las que se pretende, 1) entender la motivación de este tipo de comunidades; 2) reconocer el camino recorrido por algunas de ellas antes de comenzar a existir como tales; 3) identificar las características clave que deberían reunir tales comunidades; y por último, 4) señalar algunas de las repercusiones que pueden tener en nuestras provincias.

1. Compartir la vida

“Estar cercanos a ellos. Es su causa y ellos quieren que nosotros la compartamos y nosotros estamos dispuestos a compartirla; pero esta causa exige cercanía por ambas partes. Compartir espacios, encuentros y experiencias de proximidad. Solo a través de la cercanía es posible acompañar a quienes forman parte de una comunidad de inclusión”, Martín Iriberry sj, provincia de Loyola.

La experiencia de todos estos años y las nuevas iniciativas que están surgiendo nos invitan a considerar la base que subyace en tales experiencias. Al hacerlo, afloran preguntas como estas: ¿por qué habríamos de formar parte de una comunidad de inserción?, ¿por qué habríamos de compartir la vida con otros?

La vida comunitaria es uno de los pilares de la vida religiosa. En el Evangelio encontramos a Jesús y a sus discípulos compartiendo la mesa con personas pobres y excluidas. Vivir junto a ellos es uno de los principales signos del Evangelio, especialmente en una época como la nuestra en la que el individualismo erosiona las relaciones mutuas y la exclusión social priva a numerosos hombres y mujeres del reconocimiento y la amistad de los demás, así como de su dignidad humana.

Seguir a Jesús es un camino de conversión propiciado por la amistad con Jesús. Compartir la vida con los pobres y excluidos forma parte de ese camino². Todavía hoy percibimos esta fuerte llamada a compartir nuestras vidas en la mayor medida posible con quienes más sufren. Obviamente, la proximidad no es el único criterio, pero vivir de cerca realidades complejas y difíciles es un buen estímulo para fomentar una mayor comprensión y cariño. La situación de muchos jóvenes inmigrantes sin documentación, así como la de ex-presos que buscan reintegrarse en la sociedad y la de muchos otros que viven en los márgenes, representa para nosotros una vigorosa exhortación a la hospitalidad. Al igual que el hospedero de la parábola del buen samaritano, recibimos de Jesús el encargo de cuidar y acoger a quienes más sufren.

La pedagogía de los Ejercicios Espirituales es otra fuente que nos invita a construir comunidades de solidaridad. En las contemplaciones de los Ejercicios aprendemos a educar nuestra sensibilidad cuando comprendemos que nada queda fuera de la presencia de Dios (“Contemplación para alcanzar amor”). En los coloquios profundizamos en la experiencia de

² Benedicto XVI, “Discurso a la CG 35”, abril de 2008.

Dios. Los coloquios, las conversaciones, son formas privilegiadas del encuentro con Dios y con los hombres y mujeres. Crear comunidades de solidaridad significa estar abiertos a la realidad, atentos siempre a ella, en busca de signos de amor y fraternidad justamente allí donde parecen estar ausentes. Estas comunidades se construyen a través del diálogo honesto, a través de coloquios generosos y gratuitos que no persiguen el propio interés, sino el gozo del encuentro.

El Padre Kolvenbach nos instaba a considerar la vida comunitaria misma como misión³. Esto contribuiría a reducir su funcionalidad y a poner de relieve su valor intrínseco de presencia viva del Reino. Entender la comunidad como misión, no solo como una pista de aterrizaje donde repostar antes de ponerse de nuevo en marcha, implica prestar atención a **cómo** vivimos y **con quién** vivimos. Entender la comunidad como misión convierte a la comunidad misma en sujeto del discernimiento apostólico.

2. El proceso: del sueño a la realidad

“La importancia de la igualdad es tal que elaboramos un proyecto personal que incluye acompañamiento personal, espiritual y terapéutico conforme a las necesidades de cada persona. Y esto lo hacemos todos y cada uno de nosotros, no solo para la gente que se encuentra en acogida. Tenemos que estar dispuestos a ser acompañados, es decir, a vivir un acompañamiento mutuo que nos permita reconocernos unos a otros como iguales. Nos ayudamos recíprocamente a restañar heridas, porque en las heridas de ellos descubrimos nuestras propias heridas y somos capaces de cuidar no solo de sus heridas, sino también de las nuestras”, Txabu Trabudua sj, Loiolaetxea, Donosti.

Muchas comunidades de inserción nacieron de experiencias concretas de presencia en zonas deprimidas. El énfasis se pone en *estar presentes*, compartiendo las condiciones de vida (vivienda, transporte, salud...). Compartiendo su vida, nuestros compañeros han ido desarrollando esta presencia, a veces mediante la participación en asociaciones vecinales que demandan mejorar las condiciones de vida o en asociaciones culturales que fomentan el desarrollo cultural de los barrios, en especial el de los jóvenes; otras veces mediante la presencia pastoral, principalmente desde las parroquias de estas zonas.

Constatamos que con el paso de los años esta clase de presencia ha disminuido, debido en gran parte a la falta de sustitutos. Una comunidad de solidaridad aún conserva su sentido en tanto en cuanto sitúa la comunidad religiosa en los márgenes de la sociedad. Es alentador saber que existen compañeros jesuitas que desean asumir este estilo de vida que nos expone y nos hace más vulnerables. Somos conscientes de que, si bien este estilo de vida radical no se puede ser exigido a todos los jesuitas, debe ser permitido –y facilitado– a quienes quieran vivir esta experiencia. De la experiencia esencial de “estar expuestos” a esta clase de vida, de esta sincera y humilde exposición, nace el deseo de seguir a Cristo entre los pobres y marginados.

En estos últimos años hemos sido testigos del fenómeno de comunidades que, ampliando de manera directa la hospitalidad, han acogido a personas socialmente excluidas. La decisión de abrir o renovar tales comunidades ha pasado a formar parte del plan apostólico de la provincia después de un largo proceso de discernimiento personal y colectivo. Uno de los criterios propuestos por la provincia es que en principio cualquier jesuita pueda ser destinado a estas comunidades. Esta no es, en principio, una iniciativa para “super-jesuitas”,

³ P. Kolvenbach, «Sobre la vida comunitaria. Carta a toda la Compañía de Jesús», Roma, 1998.

ni para individuos especiales. Cualquier jesuita está cualificado para esta clase de experiencia y puede ser invitado a integrarse en una de estas comunidades. Por supuesto, existen sensibilidades, bagajes personales y expectativas que pueden motivar más a unos jesuitas que a otros. Estos procesos de discernimiento en la provincia ayudan a disipar miedos, así como a neutralizar componentes ideológicos y posibles afectividades desordenadas. En este proceso de discernimiento participan el grupo de jesuitas más motivado de la provincia, el provincial y sus consultores.

Las experiencias compartidas acentúan la necesidad de un proyecto que continúe posibilitando esta experiencia. Estas comunidades deben elaborar un proyecto que pueda ser insertado en la planificación más amplia de la provincia. Es necesario definir claramente los objetivos que persigue esta vida compartida, así como poner de relieve los aspectos educativos, la necesidad de sanación y la búsqueda de integración social. El proyecto comunitario también tiene que determinar el carácter temporal de la estancia y aclarar de qué manera se orientará hacia la integración social la intención de quienes sean acogidos. Quienes se sumen a estos proyectos, tanto jesuitas como residentes, deben ponerse de acuerdo sobre las expectativas mutuas con el fin de evitar frustraciones posteriores. Al mismo tiempo, es un camino abierto, una senda en la que debe darse la escucha mutua y el aprendizaje compartido.

Jesús nos llama en nombre de los pobres y esta es la llamada a la que queremos responder. Tenemos que estar muy atentos para no instrumentalizar a estas personas, bajo ningún concepto pueden ser utilizadas para hacer nuestra vida más “coherente”. La comunidad quiere ponerse al servicio de quienes buscan nuestra solidaridad; si esto es así, las preguntas sobre la “coherencia o incoherencia” de nuestro estilo de vida deben responderse de otro modo, quizá desde el punto de vista de los votos o del testimonio, pero no por la forma en que compartimos la vida.

Ni las comunidades de inserción ni las que hemos llamado comunidades de inclusión pueden evitar un cierto grado de conflicto. Puesto que son un signo del Evangelio, han de asumir también un cierto grado de incompreensión. Para empezar, las personas del entorno se llevarán una sorpresa cuando vean que sus vecinos son ahora jóvenes inmigrantes sin empleo, pero tampoco todos los jesuitas compartirán este espíritu de acogida y hospitalidad. Algunos, percibiendo el mundo como una amenaza más que como una oportunidad para la acción salvífica de Dios, tal vez piensen que el aislamiento nos protege mejor.

En estas comunidades hemos contado con gran apoyo por parte de los laicos. Su cercanía y ayuda nos muestra que aprecian enormemente este estilo sencillo de vida abierto a las necesidades de otras personas. Estas dos dinámicas, tanto la de la inserción como la de la inclusión, crean una variada red a nuestro alrededor, y la gente se siente invitada de verdad a compartir, colaborar y celebrar la fe con nosotros. Estas comunidades viven la experiencia generada por la apertura, una experiencia que suscita aún más relaciones y más bendiciones. De este modo se expande la bondad.

3. Algunos rasgos que caracterizan a estas comunidades

“La comunidad Padre Rubio empezó hace seis años como una comunidad jesuita dispuesta a acoger inmigrantes africanos. Estos eran en aquel entonces los más vulnerables en Madrid debido a su precaria situación administrativa y al acoso de la policía. Queríamos ofrecerles un lugar en el que asentarse, adaptarse, adquirir formación, estar protegidos... Compartimos las tareas culinarias, la limpieza y el mantenimiento de la casa. Es una oportunidad para tener experiencia de la diversidad cultural y religiosa, en especial por lo que concierne al islam.

Hicimos algunos ajustes en lo relativo a temas alimentarios y también con el fin de respetar los diferentes calendarios religiosos. En estos seis años ha habido dos bautismos y una confirmación. Año tras año celebramos la Navidad con todos lo que han vivido con nosotros, incluidos docenas de jóvenes extranjeros, así como familias, novicios y jesuitas que han hecho la tercera probación con nosotros para conocer esta experiencia”, Higinio Pi sj, Madrid.

El discernimiento es fundamental para esta clase de comunidades. La provincia concede el reconocimiento, la aceptación y el apoyo de la Compañía. El discernimiento ayuda también al individuo a sentirse parte de una misión más amplia, a reconocer que no somos propietarios de esta experiencia, sino que nuestro compromiso se halla integrado en el más abarcador deseo de Dios para este mundo: su Reino.

Estas comunidades deben estar vigilantes para detectar el nuevo rostro de la pobreza. Sus fronteras son en ocasiones un territorio nuevo para nosotros, menos obvio y definido, y nos vemos ante el reto de afrontar nuevas situaciones que cambiarán nuestra manera habitual de entender la exclusión social.

La reconciliación, la sanación y la integración son aspectos muy importantes en estas comunidades. Junto al alojamiento, que es un elemento fundamental, está también el itinerario personal: la búsqueda de empleo, la formación, el tratamiento psicoterapéutico o la recuperación de la autoestima con vistas a lograr la integración social. El proyecto comunitario es crucial, ya que establece la importancia de contar con una hoja de ruta y la necesidad de elaborar, acompañar y revisar periódicamente un proyecto personal para cada miembro de la comunidad.

Debemos aprender a vivir en un entorno lleno de retos y en el que no tenemos todo controlado. Convivir con personas que plantean profundas exigencias emocionales en la vida diaria puede ser difícil. Esta es la razón por la que necesitamos el apoyo de la comunidad para evitar un temprano desgaste y no ser desbordados por situaciones estresantes.

Existe una gran necesidad de comunicación con –y apertura a– otras comunidades de la provincia. Debemos evitar comportarnos como si fuéramos mejores o más perfectos por estar en estas comunidades. Debemos cobrar conciencia de que no somos sino una pieza más en el complejo rompecabezas que constituye la realidad de la Compañía. No deseamos acaparar la atención, tan solo estamos manteniendo una manera particular de ser y vivir. El proyecto debería ser suficientemente inclusivo para que, en principio, cualquier jesuita de la provincia pudiera ser destinado a él. Cualquier jesuita, no solo los vinculados con el apostolado social, está en condiciones de involucrarse en él, puesto que se trata de nuestra vida comunitaria. También nosotros podemos compartir la vida con los necesitados.

4. Otros efectos de estas comunidades

“Cuando abres a alguien la puerta de tu casa, lo estás acogiendo en tu corazón. Así son las cosas en África y también en la comunidad jesuita Padre Rubio. Como africanos, hemos sufrido –y todavía sufrimos– mucho en Madrid, y los jesuitas son capaces de compartir la vida con nosotros durante esta época difícil. Cuando los conocí, me di cuenta de que posibilitaban que Dios me hablara y eso hizo que me sintiera libre y acompañado por ellos y por Dios. Y pude vivir la experiencia de que ninguna persona es mejor que otra, ni en la comunidad, ni en la vida. Esto no tiene que ver solo con hablar sobre el amor de Dios, sino con mostrarlo”, Prince, Comunidad Padre Rubio, Madrid.

Las primeras beneficiarias son las comunidades de la provincia, porque nuestra vida comunitaria es muy apreciada en general. Muestra que nuestras relaciones, que a menudo caen en la rutina y pueden llegar a ser, por tanto, sumamente funcionales, están todavía llenas de posibilidades y poseen potencial para ofrecer esperanza y apoyo a los necesitados.

Estas experiencias renuevan nuestra relación con numerosos laicos, que ven así nuestras comunidades con nuevos ojos. Dejamos de estar escondidos y podemos mostrar qué somos y cómo vivimos. Nuestro testimonio se hace más evidente y la vida de comunidad se enriquece a través de la práctica de la hospitalidad, crecemos en compromiso y generosidad.

La Compañía en general también se beneficia, porque la renovación de nuestra vida comunitaria propicia una mayor eficacia en la vida apostólica. Nuestros ministerios son más coherentes cuando toda nuestra vida, incluyendo la dimensión comunitaria, se abre al servicio de los pobres y excluidos.

La Iglesia necesita aumentar su credibilidad, especialmente en los tiempos que corren. Un estilo de vida abierto a los pobres es siempre una fuente de reconocimiento para la Iglesia. Aunque esto no sea una motivación primaria, tampoco puede ser excluido de las repercusiones de estas comunidades.

Después de estos dos días, sentimos que el Señor nos llama con fuerza a examinar con mayor esmero nuestros estilos de vida comunitaria, a no darlos por sentados, a evitar la inercia que poco a poco nos empuja hacia condiciones de vida más cómodas, alejándonos de los pobres y marginados.

*Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor*



La comunidad es misión

Andrew Hamilton sj

Jesuit Social Services, Australia

La afirmación de que la comunidad es misión suena a hipérbole. Se nos forma para ver la comunidad y la misión como dos realidades heterogéneas. Podemos preguntarnos cuál es la mejor manera de describir la relación entre ambas: como hermanas gemelas, como marido y mujer, como una pareja peculiar, como enemigos irreconciliables o tal vez como dos enamorados. Pero de lo que no cabe duda es de que nunca las caracterizaremos como la misma persona vistiendo ropas diferentes.

De hecho, estamos acostumbrados a pensar en ellas como realidades contrapuestas. Entre comunidad y misión establecemos la misma relación que entre lo público y lo privado, descanso y trabajo, hogar y mercado, jesuita y no jesuita, formación y emancipación u oración y acción. Los términos así emparejados no los consideramos mutuamente excluyentes. Más habitual es que los tengamos por complementarios. Pero no cabe duda de que representan dos polos diferentes de la vida del jesuita.

Así, para hablar metafóricamente, algunos jesuitas entienden la comunidad como la base avanzada desde la que pueden lanzar sus misiones de guerrilla. Esperan que esté bien aprovisionada y que les permita un mínimo de descanso y recuperación. Pero eso es todo lo que esperan de ella. Cualquier intento de gastar tiempo y dinero en embellecer esa base lo considerarían una tentación.

Otros jesuitas ven la comunidad como el hogar familiar desde el que van a trabajar. Se sienten responsables de hacer de la comunidad un lugar habitable y agradable capaz de sostener a la familia jesuita y de ofrecer el espacio espiritual, la convivialidad y el calor humano que a menudo faltan en el lugar de trabajo.

Otros más viven la comunidad como una capilla donde pueden encontrar corroboración y apoyo en la fe y en los símbolos centrales de su vida. Allí hacen acopio de fuerzas para el compromiso en una sociedad secular que constituye su misión. Incluso es posible describir la vida comunitaria jesuita como un estilo ideal de vida que uno tiene que abandonar al acomodarse a la realidad de una sociedad que no comparte los valores de aquel.

Si adoptamos cualquiera de estas perspectivas, se antojará extraño hablar de la comunidad como misión. Pero la idea no es nueva. Si regresamos a Antonio, el eremita del siglo IV, y a la posterior tradición benedictina, encontramos –para nuestra sorpresa– que la comunidad y la misión estaban entrelazadas hasta el punto de resultar inseparables. Antonio concibió inicialmente su misión como una vida solitaria en el desierto con el fin de combatir los demonios y orar. A medida que la gente oía hablar de él y acudía a visitarlo, se fue internando más y más en el desierto. Pero terminó aceptando su responsabilidad sobre

aquellos que iban a visitarlo y sobre aquellos que deseaban seguirle en su estilo de vida. Así florecieron monasterios en los que la soledad era un servicio público.

En la tradición benedictina, la misión de los monjes consistía también en compartir una vida de silencio, oración y trabajo. Pero el elemento central de su vida era la práctica de la hospitalidad, a través de la cual podían acoger a la gente en la oración y la sencillez que caracterizaban sus vidas. La comunidad era misión.

Los monjes que veían la comunidad como misión luego tenían que hacer que esto funcionara. Necesitaban delimitar los tiempos y lugares reservados para ellos, de aquellos que compartían con sus huéspedes. Estas distinciones tuvieron que contemplarse en la arquitectura y las costumbres del monasterio. En la Regla de san Benito podemos ver el tránsito de una visión global de la misión a la ordenación práctica del monasterio. La Regla pasa abruptamente de los elevados ideales a la estricta y prosaica ordenación de la conclusión práctica:

«Muestran la mayor humildad al saludar a todos los huéspedes que llegan o se van: con la cabeza inclinada o postrando todo el cuerpo en tierra, adorando a Cristo en ellos, pues a él se recibe... Quien no esté autorizado, para nada se junte ni hable con los huéspedes» (Regla de san Benito 53).

A primera vista, el contraste entre la entusiasta introducción y la seca instrucción conclusiva parece sancionar el triunfo de la experiencia sobre el idealismo. Pero la intención de tales restricciones prácticas es seguramente garantizar que la misión comunitaria pueda llevarse a cabo de manera eficaz.

Los jesuitas no somos monjes, por supuesto. Por eso, la integración jesuita de la comunidad y la misión tendrá una forma distintiva. A juzgar por mi experiencia, una comunidad que fluya hacia la misión presentará varias características. Los miembros de la comunidad rezarán en común, comerán juntos, compartirán lo que afecte profundamente a sus vidas, se distribuirán las tareas domésticas, tomarán parte en las decisiones que configuren la vida de la comunidad y tendrán un firme compromiso con la hospitalidad.

Los compromisos que implican estas características comunitarias también deben ser reales, estables y tener capacidad de reflejarse en las vidas y los valores personales de quienes integran la comunidad. Es necesario decir esto, porque la mayoría de nosotros, cuando nos vemos confrontados con nuevos ideales desarrollamos una sorprendente habilidad para redefinir el nuevo ideal de modo tal que encaje en la antigua realidad o encontramos criterios triviales para evaluar nuestra conformidad. Esto forma parte de la «domesticación de las fronteras» de la que habla el papa Francisco.

La prueba del nueve de un compromiso real no radica tanto en los logros, cuanto en la seria implicación en la tarea. Aunque compartir la vida, por ejemplo, puede resistirse en ocasiones y resulta por regla general complicado, el compromiso de hablar sinceramente y escuchar a los otros con generosidad lo convierte en algo real. Lo mismo es cierto de las demás características. Cuando los miembros de la comunidad están en casa, lo normal es que coman juntos. Compromisos como estos son reales si las personas los valoran suficientemente para convertirlos en una prioridad y se esfuerzan por realizar los valores contenidos en ellos.

El compromiso con las actividades comunes también debe ser estable, regular. En la práctica, el significado de esta regularidad dependerá, por supuesto, de la misión de los miembros de la comunidad y de otros factores contingentes. No hay ningún orden que sea

adecuado tanto para comunidades de tres jesuitas como para comunidades de treinta o más miembros, tanto para noviciados como para comunidades de jesuitas ya formados, tanto para comunidades vinculadas a centros de enseñanza como para residencias cuyos miembros están involucrados en una diversidad de ministerios, tanto para comunidades cuyos integrantes viajan con regularidad como para comunidades en las que los jesuitas llevan una vida bastante estable... Cada comunidad tendrá su propio ritmo.

Pero si el compromiso es firme, deberíamos esperar que se haga patente en el predecible ritmo semanal, mensual y anual de la comunidad. Si, por ejemplo, la oración compartida es un valor, será natural incorporarla en una Eucaristía celebrada con regularidad y en la que participen cuantos puedan estar presentes.

Los compromisos con las actividades comunes deben reflejar asimismo la fe personal y los valores de los miembros de la comunidad. La oración comunitaria fluirá del gusto por la oración personal. Las tareas que sustentan la vida comunitaria reflejarán la inclinación personal a servir a los demás.

Si se quiere que la misión de la comunidad se haga eco asimismo de la misión de la Compañía, los integrantes de la comunidad tendrán que hacer suyos los grandes deseos contemplados en los documentos jesuitas recientes. Independientemente de la misión particular que le sea confiada en su comunidad, es de esperar que todo jesuita también se mueva por -y lleve a la oración- el compromiso con los pobres, tal como se concreta, por ejemplo, en el servicio a los inmigrantes y refugiados, al medio ambiente, a los marginados. Cuando estos compromisos entren en contacto con nuestra imaginación, ensancharán con naturalidad el espectro de personas con las que nos relacionamos. Y se reflejarán a su vez en los temas de los que habla la comunidad, en la sencillez de la vida en común y en la clase de personas a las que se invita a comer.

Los ideales de comunidad son fáciles de describir. La realidad es siempre más difícil. Las principales dificultades que han de afrontarse a la hora de formar una comunidad de la que fluya la misión radican, por supuesto, en los propios miembros de la comunidad. Quienes integramos una comunidad jesuita somos diferentes en temperamento y edad, en debilidades físicas y flaquezas espirituales, en el sentido de la privacidad, en lo que por naturaleza deseamos y tememos de nuestra comunidad. También llevamos las cargas de nuestro propio ministerio y estamos marcados por las cicatrices de las heridas que arrastramos de nuestro pasado.

Esto equivale a decir que todos somos pecadores llamados a ser seguidores de Jesús en la Compañía. Nuestras esperanzas deben tener en cuenta nuestros miedos, nuestras energías deben tener en cuenta nuestro cansancio, nuestra confianza debe tener en cuenta la desconfianza. Así pues, representa todo un reto configurar un estilo de vida comunitaria que reconozca las idiosincrasias, limitaciones, deseos y circunstancias personales de cada cual a la hora de dar forma a una comunidad hospitalaria que comparta la oración, el trabajo y la vida.

La gestión de este tipo de comunidad obedece unas sencillas reglas básicas. Ningún miembro de la comunidad puede tener derecho de veto sobre la forma de la vida comunitaria; además, es necesario resistirse a la tiranía de los hábitos. Pero, como en cualquier gestión, lo ideal puede ser enemigo de lo bueno. Suele ser poco realista exigir que todo miembro de la comunidad se implique con idéntica profundidad en compartir la vida. Unos comienzos modestos y la satisfacción con los buenos resultados pueden propiciar el crecimiento.

El reto práctico que supone dar forma a una comunión que fluye hacia la misión es similar a aquel al que tuvieron que hacer frente los monjes antiguos: estructurar el tiempo y el espacio de un modo tal que una vida hospitalaria y compartida permita disfrutar a la vez de espacio personal y comunitario.

Una comunidad que quita los cerrojos de las puertas para estar abierta de par en par a los invitados quizá sea pastoralmente efectiva, pero pocos jesuitas encontrarán en ella el alimento que necesitan. Como regla general, cuanto más hospitalaria sea una comunidad, tanto más importante será que las personas que la integran dediquen algunos tiempos y espacios a la soledad y a compartir más profundamente la vida como comunidad. Estas pautas diferirán de una comunidad a otra.

Configurar una comunidad es laborioso. Pero las buenas comunidades destacan también por encontrar modos de celebrar la vida. Algún fin de semana en común para planificar el año, salir juntos al cine o a un bar o pasar el día, por ejemplo, en las carreras de caballos para aficionados, tan populares en Australia, son buenos indicadores tanto de comunidad como de misión.

Por último, en esta época en la que todo se evalúa, ¿cómo podemos juzgar si nuestros intentos de formar una comunidad que fluya hacia la misión tienen éxito o no? Si hubiera que distinguir entre comunidad y misión, lo normal sería pedir a los miembros de la comunidad que ellos mismos la evaluaran. Pero si acentuamos la continuidad entre comunidad y misión, sería más natural pedírselo a invitados, compañeros y observadores de la comunidad. En una escuela o universidad, podríamos preguntar a los profesores y estudiantes si consideran que la misión institucional está incorporada en los valores operativos de la comunidad y en las relaciones entre sus miembros. Y en cualquier comunidad jesuita podríamos preguntar a quienes la visitan si, al marcharse, se llevan con ellos la impresión de que el Evangelio es la buena noticia de Dios para los pobres.

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor



La comunidad jesuita como misión¹

Andreu Oliva de la Esperanza sj
UCA de El Salvador

Me han invitado a iniciar la consulta de esta mañana sobre la comunidad, con la idea de que ayudemos a reflexionar la nueva visión que la CG35 nos da de la comunidad. La CG35, en el d. 2, “Un fuego que enciende otros fuegos” que trata sobre nuestra identidad, presenta nuestra vida como un tríptico constituido por la identidad, la misión y la comunidad. En él, la identidad y la misión del Jesuita están enlazadas por la vida de comunidad. Y el d. 3, Desafíos para nuestra misión hoy, añadirá en el n. 41, que “la comunidad en la Compañía no es sólo para la misión sino que ella misma es misión”. No conozco mucho la situación de las comunidades en la universal Compañía, y por tanto no puedo universalizar lo que voy a decir sobre las comunidades. En lo que sigue, me ceñiré a la realidad que conozco, que es sobre todo la de una provincia concreta (Centroamérica).

La CG35 cambia el paradigma de nuestra vida de comunidad

Todos sabemos que la última Congregación General hizo un cambio importante en la manera en que se concibe la comunidad. Desde mi corta experiencia de 25 años de Compañía de Jesús, me atrevo a decir que la CG35 oficializó un nuevo paradigma en el modo de entender la comunidad en la Compañía de Jesús, cuyo significado se nos ha pasado por alto a muchos. No es un cambio repentino, fruto de un decreto de una Congregación General que tuvo una iluminación, a mi entender es un cambio que se ha ido dando paulatinamente a lo largo de los últimos 50 años, impulsados por la renovación que nos pidió el Concilio Vaticano II y por un mayor conocimiento de nuestras fuentes. Este cambio que se ha ido gestando poco a poco y cristalizó en la CG35, cuando esta afirma explícitamente que la comunidad jesuita es misión ella misma. Un camino que muchos habían ya iniciado al irse a vivir a pequeñas comunidades, en ocasiones insertas en barrios obreros o de carácter muy popular, con el deseo de compartir la vida de los más pobres y ser en medio de ellas presencia del Amor de Dios.

Este cambio que hace la CG35, recoge el sentir de una buena parte de la Compañía y profundiza lo que decía la carta del P. Kolvenbach sobre la Vida Comunitaria del año 1998. Por muchos años en la Compañía de Jesús, se ha entendido la comunidad para la misión, “en dispersión”, y con ello hemos justificado muchas de las deficiencias y carencias de nuestra vida en común. La comunidad para muchos tenía un sentido utilitario y no era importante la calidad de la vida en común. La CG35 nos ofrece un camino para comprender

¹ Este texto fue presentado por el autor en la Congregación de Procuradores de 2012, con pequeñas modificaciones.

mejor nuestra vida en comunidad, dándole un valor mayor, dado que no sólo es para la misión, sino que es también misión. Ambas realidades deben convivir y complementarse.

Tensión entre misión y unión

Este cambio de comprensión de nuestra vida comunitaria tiene implicaciones importantes. Es una tensión más en la vida del jesuita. Así como vivimos la tensión entre el ser y el hacer, entre la contemplación y la acción, entre lo universal y lo local, entre la unión total con el Señor y la inserción en el mundo con Él, se añade ahora la tensión entre la comunidad (la unión) y la misión. Tensión que tiene su raíz en nuestra propia identidad, en la que la vida de comunidad es parte integrante de la misma del mismo modo que lo es nuestro apostolado.

El apostolado nos lleva hacia fuera y la comunidad nos invita adentro. La vida comunitaria puede entenderse como parte del llamado a “estar con Él”, que es parte de nuestra vocación. No podemos ser “compañeros de Jesús” o “amigos en el Señor”, si no somos primero compañeros entre nosotros. Estar con Él es también estar con el hermano, es saber descubrirle a Él presente en cada uno de los compañeros. Saber que compartimos un mismo llamado, una misma misión y que somos responsables unos de otros.

El que haya tensión no significa que se dé contradicción entre una comunidad que es misión y una comunidad para la misión, sino todo lo contrario. Una comunidad que sea misión fortalece al compañero y le ofrece mayor empuje para entregarse con mayor generosidad y mayor dinamismo a la misión. Al respecto la CG35 dice “Para vivir nuestra misión necesitamos comunidades fraternas y gozosas, en las que alimentemos y expresemos con gran intensidad nuestra única pasión que puede unificar nuestras diferencias y dar vida a nuestra creatividad” (CG35, d. 2, n. 27).

Elementos de una comunidad para ser misión

Quizás la mejor pregunta que podemos hacernos es cómo responder a este cambio tan importante. Sin duda requiere de una conversión de nuestro corazón, de la Gracia de Dios, que nos mueva a responder a esta nueva mirada sobre la comunidad.

El mismo P. Adolfo Nicolás nos da una orientación en su relación sobre el estado de la Compañía, la comunidad debe ser “El lugar en que estamos llamados a vivir con generosidad, respeto, paciencia, perdón, amistad y donación desinteresada de mí mismo”; “es el lugar dónde estamos llamados a vivir el Evangelio juntos”. Y en el d. 3, n. 41 la CG35 dice: “la comunidad es el lugar privilegiado para el testimonio colectivo, en el que vivimos la relación personal y comunitaria con el Señor, la mutua relación como amigos en el Señor, la solidaridad con los pobres y marginados y con un estilo de vida responsable con la creación”.

“La vida comunitaria en cuanto testimonio de comunión es ya de por sí parte integrante de la misión” (Kolvenbach, Carta sobre vida comunitaria, 12 de Marzo de 1988), y “debe a su vez fomentar el amor fraterno y la unidad para que puedan reconocernos como discípulos de Cristo” (Normas Complementarias, NC 316, 2). “Debemos ir mucho más allá de compartir un mismo techo, una misma mesa y un mismo reglamento. Compartir nuestra fe, nuestra razón de vivir y trabajar como compañeros de Jesús, nuestra experiencia profunda de encuentro con Quien nos envía. Un estilo comunitario en el que se explicita simplicidad y

compasión, solidaridad y gratuidad, preferencia de amor por los pobres. Ser testigos comunitariamente de Cristo pobre y de su amor por los pobres” (NC 327).

Para que la comunidad sea misión también debe responder ella misma a la misión de la Compañía de Jesús. No se trata ahora que las comunidades tengan una misión específica y distinta de la misión de la Compañía de Jesús. Las comunidades deben hacer suya la misión propia de la Compañía de Jesús y responder a ella. Desde esta perspectiva, la comunidad que es misión, debe defender la fe y promover la justicia en diálogo con las culturas y las religiones. Debe ser una comunidad que reconcilia a la humanidad consigo misma, con Dios, y con la naturaleza (CG35, d. 2). Debe ser una comunidad que trata de vivir los valores evangélicos y hacer presente el Reino de Dios en su entorno. Una comunidad que vive en serio las opciones de la Compañía de Jesús y por tanto debe vivir en serio la opción por los pobres que ha hecho el cuerpo de la Compañía desde la CG32 y que han ratificado las Congregaciones Generales posteriores.

La amistad

Quisiera detenerme un poco en este punto, porque me parece un aspecto muy importante. En el mundo actual la amistad es algo muy valorado y muy significativo. La amistad verdadera y fiel es un valor evangélico muy actual. Nuestra amistad como hombres de Dios puede decir mucho al mundo de hoy. Lastimosamente no siempre somos capaces de vivir esta amistad ni hacer patente el cariño que nos une a los jesuitas. Pero construir la amistad requiere esfuerzo y tiempo. Ninguna amistad brota de un momento a otro. Ciertamente también requiere empatía. Toda amistad se va tejiendo poco a poco, a base de dar y recibir, a base de preocuparse por el otro, a base de pasar tiempo juntos, a base de conocer el interior del otro, sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias. Si no estamos dispuestos a dar tiempo a los compañeros y a la comunidad, a dar de nosotros más que a recibir, no será posible que brote esta amistad en nuestra comunidad.

Pero no solo para la amistad, para generar confianza, para ser hospitalarios, para celebrar juntos, para compartir la fe, debemos gastar tiempo en la comunidad. Me llama la atención que los que más se quejan de su comunidad, son los menos dispuestos a dar su tiempo a la comunidad.

Una vida más auténticamente evangélica nos hará más creíbles

Antes he comentado algunos de los problemas que tienen las comunidades, problemas que son testimonios anti-evangélicos. ¿Cómo es posible que un cuerpo que desea reconciliar a la humanidad no sea capaz de buscar y avanzar hacia la reconciliación entre dos de sus miembros? ¿Qué testimonio da un cuerpo que está radicalmente dividido? ¿Con qué autoridad podemos anunciar el Evangelio de Jesús, si en nuestra comunidad no se vive? Igualmente ocurre con la promoción de la justicia, tiene que comenzar en casa y con los colaboradores de la comunidad (normalmente mujeres). No siempre cumplimos con las leyes laborales vigentes, ni nos esforzamos para que nuestros colaboradores puedan tener un salario que les permita una vida digna.

Esta nueva visión y concepción de la comunidad es un avance muy importante en la vida del cuerpo de la Compañía y en su camino hacia una vivencia más profunda de nuestro carisma. Recordemos lo que los primeros compañeros quisieron vivir: una unión entre sí, una confianza y amistad profundas. Lo mismo les ocurrió a los primeros cristianos y el Espíritu sigue hoy fomentando diversas y variadas formas de vida en común.

Repensar las estructuras comunitarias

Para que nuestras comunidades sean misión es posible que tengamos que repensar nuestra vida comunitaria y quizás aquí es necesaria una ayuda del P. General y de su equipo de gobierno. Al ser una nueva concepción, es normal que el cuerpo requiera de algunas ayudas para poder entenderla y vivirla de mejor manera. Es posible que por ello el P. General nos haya querido consultar a la Congregación de Procuradores n. 70 sobre esta temática.

Me parece oportuno sugerir que si ha cambiado el modo de entender la comunidad también hay que preguntarse si las estructuras de las comunidades actuales responden a este nuevo concepto. ¿Cuál debe ser el papel del superior para que la comunidad sea misión?, ¿Es el mismo rol el que debe tener el ministro hoy que el que tenía cuando la comunidad estaba concebida exclusivamente “para la misión”? ¿Podemos seguir viviendo en comunidades muy grandes en número de jesuitas, que hacen muy difícil una verdadera comunicación personal e interior? ¿Puede ser misión una comunidad viviendo en grandes edificios, que muchas veces no facilitan el encuentro y facilitan el anonimato? ¿Podemos permanecer en zonas privilegiadas de las ciudades y con niveles de vida muy superiores a los de las mayorías de nuestros países? ¿Será un alto nivel de confort en nuestra vida el más adecuado para mostrar a los demás nuestro compromiso con el evangelio de Jesús?

Decimos tantas veces que nuestra pobreza es apostólica, al igual que el resto de nuestros votos, pero, ¿estamos convencidos de ello? ¿No haría más apostólica nuestra pobreza si el mundo nos viera vivir pobremente, y con ello diéramos testimonio que realmente el Reino de Dios es de los pobres y que “solo Dios nos basta”?

¿Cómo hacer para que nuestras comunidades sean abiertas y acogedoras? ¿Son suficientemente hospitalarias y solidarias? ¿Se da entre nosotros una real comunión de bienes y una comunicación de bienes con la provincia y con los pobres? ¿Nos sentimos corresponsables de la vida en común? ¿Estamos dispuestos a dar tiempo a nuestros compañeros y a abrir nuestro corazón en la comunidad?

Sé que estas preguntas son difíciles de hacérselas, y que a algunos les pueden resultar muy incómodas, pero con honestidad creo que no podemos soslayarlas y que debemos responderlas desde la honestidad y desde un espíritu de discernimiento ignaciano.

Esta nueva visión de la comunidad jesuita que confirmó la CG35 es un momento de gracia para la Compañía de Jesús. Llevar al interior de nuestra vida comunitaria nuestra misión, nos unifica alrededor de la misma, alrededor de Cristo. Nos integra como personas que no solo somos apóstoles al salir a las calles, sino que también somos apostólicos en nuestra propia casa, en nuestra comunidad. Nos hará más auténticamente compañeros de Jesús, y nos hará crecer en bondad y en gracia ante Dios y ante los hombres. Si somos capaces de avanzar hacia ello y que nuestra vida comunitaria sea testimonio del Reino de Dios, también seremos más creíbles ante los hombres y mujeres de nuestro mundo.

La CG35 nos invita a dar un valor nuevo a la comunidad jesuita, que no es fácil. Conocemos las dificultades que tienen nuestras comunidades y los problemas que se dan en ellas. Seguro que a la mente de todos vienen los rostros y nombres de aquellos jesuitas con los que es difícil vivir. Pero también sabemos que la gracia de Dios nos permite llegar más lejos de lo que podemos imaginar. Este proceso en algunos casos será largo, pero se ha ido dando y se seguirá dando, si ello es lo que El Señor quiere de nosotros y de nuestra parte ponemos también lo que está a nuestro alcance.

Ayudas que nos ofrece la Compañía para crecer en la nueva comprensión de la comunidad

A mi juicio, los documentos sobre la vida comunitaria que la Compañía ha ido elaborando son muy buenos, y nos animan a una vida comunitaria al estilo jesuítico, por tanto apostólica y a la vez con gran calidad humana y cristiana. Nuestro problema no es que no sepamos qué debe ser una comunidad jesuita y cómo debe ser nuestra vida comunitaria, creo que actualmente contamos con suficientes directrices al respecto. La dificultad está en vivirlas, y diría también que desgraciadamente muchos no conocen las directrices sobre la vida comunitaria que la Compañía ha trabajado y que el P. Kolvenbach intentó resumir en su carta sobre la vida comunitaria que he mencionado al principio. Quizás el problema es que no se ha reunido en un solo texto todo lo que se ha dicho desde la CG31 sobre la vida comunitaria hasta hoy, y que está muy disperso, en las Constituciones, en las Normas Complementarias, en Decretos de las Congregaciones Generales, en cartas del P. General. A lo mejor eso sería una buena ayuda para las comunidades, tener un texto sobre la “comunidad misión” y su deseo de ir mejorando su calidad de vida en común.

Otra ayuda importante es la invitación a la elaboración de un proyecto comunitario, en el que la comunidad define cómo quiere que sea su vida en común. La elaboración de este proyecto es también un proceso de discernimiento comunitario que lleva a un acuerdo en el que todos los miembros de la comunidad se comprometen. La experiencia en mi provincia, es que la elaboración de este proyecto ha sido de gran ayuda y sin duda ha mejorado la vida en común.

El papel del superior es fundamental para facilitar la calidad de vida en común. Un superior que tenga el carisma para ello, que se comunique con los demás, que esté atento a sus necesidades, que ofrezca apoyo y espacios para un crecimiento humano y religioso de todos los miembros.

Como todo lo que cuesta en la vida requiere ejercitarse. También debemos ejercitarnos para la vida en común y por ello debemos ir buscando los medios que nos ayuden a crecer en nuestra vida en común y que la misma vaya siendo misión. A cada comunidad le ayudará irse ejercitando en cómo generar confianza entre unos y otros, en la oración común, en la conversación espiritual, en el discernimiento apostólico, en la compasión a los hermanos, en la solidaridad, y así iremos recorriendo el camino que nos llevará a una vida en común más propia de nuestro carisma y más cercana al evangelio.

Original español



Algo viejo y algo nuevo: la comunidad como ministerio

Peter Knox sj
Jesuit Institute, Sudáfrica

¿Es esto nuevo?

¿Dice la CG 35 algo nuevo cuando define la comunidad como ministerio? ¿O enuncia una verdad que hemos sabido desde nuestros orígenes, limitándose a poner nombre a lo que algunos miembros de la Compañía han vivido durante toda su vida de jesuitas? Ciertamente, no pretendemos minimizar el trabajo ni la perspicacia de la Congregación. Es importante reconocer el mérito cuando es de justicia reconocerlo. Entender la comunidad como ministerio significa reconocer el mérito de hombres que han pasado años y años de su vida apostólica al servicio de la comunidad. Esta consideración ocupa la primera parte del presente artículo. La segunda parte demuestra que la promoción de la justicia es un ministerio dentro de nuestras propias comunidades. Para terminar, analizamos de qué manera esa justicia se extiende al estilo de vida ecológico de nuestras comunidades.

Reconocimiento de hombres cuyo ministerio es comunidad

Hay hombres que llevan años y años desempeñando el ministerio de la administración dentro de la Compañía, y algunos de ellos han expresado el deseo de no ser “sino un simple sacerdote de parroquia”. Su principal apostolado diario es la *cura personalis*. Otros están involucrados en la formación de los nuevos miembros de la Compañía en diversos niveles y han dedicado sus vidas a tal ministerio. Muchos de nuestros hermanos –no debidamente reconocidos, pero heroicos– han hecho posible durante décadas que tengamos la comida sobre la mesa, gasolina en el coche, electricidad para el ordenador y un techo sobre nuestras cabezas, de suerte que cada cual podamos desempeñar lo mejor que seamos capaces la misión que la Compañía nos ha asignado. Otros cuidan de los débiles, ancianos y enfermos con tal amor y compasión que los demás rezamos para que sigan ocupándose de tales tareas cuando nosotros estemos en cualquiera de esas situaciones. Compañeros como estos son los que me vienen a la mente cuando pienso en la comunidad como misión. Gente así lleva con nosotros desde la fundación de la Compañía y desde su refundación hace doscientos años.

El nuevo aforismo: “La comunidad misma es misión”, reconoce la contribución de estos hombres a la misión universal. Es una reivindicación de los jesuitas “hogareños”. No se trata de hombres que carezcan de fortaleza de carácter o de habilidades para llevar la misión hasta los confines de la tierra. Bien al contrario, suelen ser personas sumamente capaces, y el hecho de haber sido destinados al cuidado de la comunidad comporta un importante sacrificio para otros proyectos apostólicos. Hacen de la comunidad un lugar hospitalario al

que sus miembros regresan con gusto, un lugar en el que alimentar la vida de oración y cargar las baterías apostólicas. Conducen la reflexión y el compartir, asegurándose de que cada miembro de la comunidad respeta las ideas y perspectivas de los demás, para que así pueda llevarse a cabo un verdadero discernimiento apostólico. En ocasiones puede requerírseles para propiciar momentos de reconciliación o perdón comunitario. Mantienen viva en nosotros la conciencia de cuál es el estilo de vida por el que hemos optado, de suerte que ninguno de nosotros haga dejación de responsabilidad en lo tocante al compromiso con la pobreza.

Individualismo

La carta del padre Kolvenbach sobre la vida comunitaria, fechada el 12 de marzo 1998, comienza con una reflexión sobre las luces y sombras del individualismo. Si somos honestos con nosotros mismos, hemos de reconocer que muy pocos de nosotros son capaces de llevar una existencia propia de Rambo, sobreviviendo gracias solo al ingenio y sin comodidades domésticas. Muy pocos de nosotros desean vivir así, y aún son menos los que se sienten edificados por el ejemplo de los hermanos que intentan hacerlo. Nuestra vocación religiosa es ser hombres de misión... en comunidad. Así pues, debemos desarrollar habilidades y actitudes que propicien la vida comunitaria. No somos sacerdotes diocesanos, para quienes lo normal es vivir solos. Consideraciones o circunstancias apostólicas pueden ocasionalmente obligar a un hermano a vivir ese tipo de vida, pero esto se ve como una excepción. Cuando alguien vive al margen de la comunidad, tenemos la sensación de que algo le falta a nuestra vida comunitaria; y esto nos insta a examinar nuestra falta de plenitud o integridad.

Cada cual tiene un papel que desempeñar

Michael Buckley escribió en *Studies in the Spirituality of Jesuits* que “el superior es el depositario de las más elevadas aspiraciones de la comunidad”. ¡Qué formidable responsabilidad! Sin embargo, en la CG 34 un delegado intervino en el aula: “Está muy bien tener loables nociones sobre la comunidad. Pero ¿quién repone el rollo de papel higiénico?”. Lo que quería subrayar este delegado era que la vida de la comunidad no depende solo de aquellos a quienes se asigna ministerios “oficiales” de servicio a la comunidad. Cada cual tiene un papel que desempeñar, cualquiera que sea la “pequeña tarea que se le haya encomendado”. Si bien es posible que se trate de un acto menor de amor por los hermanos, el servicio prestado por cada uno de nosotros es igual de necesario para el funcionamiento fluido del conjunto y tiene el papel adicional de prevenir un modelo de comunidad tipo “hotel”. Esto es, la suposición de que la comunidad más amplia está ahí para mi conveniencia, para que me deje caer por ella cuando me vaya bien y cuando le vaya bien al apostolado, y que además puedo esperar encontrarlo todo en su lugar en cualquier momento. Con independencia de cuán limitado o aparentemente insignificante sea, mi “pequeño cargo” en la comunidad garantiza que al menos haré una inversión mínima en la vida de la comunidad y en el bienestar de mis hermanos. Ya sea cillerero, sacristán, encargado de las compras o del entretenimiento, responsable de los ordenadores o de alimentar a los animales, mi cargo en la comunidad me brinda la oportunidad de realizar fielmente una tarea –en consonancia con mis capacidades y es de esperar que también con mis intereses– al servicio de los hermanos.

La vida comunitaria como calidad de presencia

Las cuestiones prácticas constituyen tan solo el primer nivel de nuestro compromiso mutuo. En el bienestar y el apostolado de los demás miembros de la comunidad nos jugamos algo más profundo y tenemos un interés de mayor alcance, porque estamos comprometidos unos con otros como hermanos. Nuestras relaciones mutuas deben ser las propias de “amigos en el Señor” y estar caracterizadas por la calidad de la presencia recíproca. Y desarrollar esta amistad lleva tiempo y en ocasiones requiere sacrificios y una inversión personal. Las relaciones exigen trabajo, tanto en nuestras áreas de compromiso pastoral como en las comunidades. ¿Con cuánta frecuencia no nos ha sorprendido oír que el padre X es un pastor maravilloso y, sin embargo, existe el consenso generalizado de que es extremadamente difícil en comunidad? ¡Qué triste resulta que no se haya invertido el mismo esfuerzo en construir amistades dentro de la comunidad que en fomentar buenas relaciones pastorales!

A la frontera - dentro de la comunidad - unidad en la diversidad

En la sección 9 de su carta, el padre Kolvenbach habla de “aceptarnos mutuamente tal como somos”. Nuestras comunidades son internacionales y multiculturales. Ya han pasado los días de una formación estandarizada que producía clones a partir de un molde dictado por una *ratio studiorum*. Nuestra formación es personalizada y, hasta cierto punto, diseñada a medida. Las personas ingresan ahora en la Compañía a una edad en la que son menos “maleables” que los novicios de épocas pasadas. Como es de esperar por el carácter “universal” de la Compañía, las experiencias de formación varían ampliamente y las expectativas son igualmente dispares. Esto puede ocasionar tensiones y a veces incluso recriminaciones dentro de la comunidad. Los superiores, por consiguiente, han de sortear con frecuencia el cortante filo de los encuentros interculturales y las dinámicas relacionadas con las diferencias de edad. Estar al servicio de la comunidad puede ser perfectamente una misión fronteriza. Incluso en la región de Sudáfrica, donde la Compañía solo cuenta con veinticinco miembros, representamos una diversidad de culturas, nacionalidades y experiencias políticas. Sumando las experiencias de unos y otros, nos hemos formado prácticamente en los cinco continentes y hemos convivido con jesuitas del mundo entero. Armonizar un grupo tan diverso para que constituya un cuerpo apostólico eficiente requiere sensibilidad cultural y capacidad de diálogo, combinadas con la sabiduría de Salomón.

La justicia comienza en casa

Como formador del Hekima College de Nairobi, disfruto del privilegio de escuchar los relatos de hombres más o menos jóvenes que acaban de completar el magisterio y están iniciando sus estudios teológicos. Algunos cuentan situaciones vividas por ellos como injusticias y que nunca fueron satisfactoriamente abordadas porque el afectado era “tan solo un maestrillo”. Y entonces este se pregunta: “¿Es esta de verdad la Compañía en la que yo he ingresado? ¿Son estos los valores a los que tengo en tanta estima?”. Por supuesto aceptamos, particularmente en África, la jerarquía en la Compañía; pero cuando tal jerarquía es percibida como arbitraria o injusta, es necesario examinar detenidamente nuestras comunidades.

Los mismos elevados criterios e ideales que rigen nuestros ministerios *ad extra* son aplicables a los ministerios *ad intra*. Así, los superiores deben garantizar no solo que “la caridad comience en casa”, sino que también lo haga la justicia. El servicio de la fe y la promoción de la justicia representan dimensiones del ministerio dentro de la comunidad en no menor grado que dimensiones del apostolado en el mundo en general. Tal vez seamos buenos en el

servicio a la fe evangelizándonos unos a otros con nuestras homilias y en los momentos de compartir la fe, pero ¿promueven nuestras estructuras asimismo la *justicia*? ¿Somos igual de buenos garantizando que todo miembro de la comunidad se beneficie de los recursos comunes de la comunidad, con independencia de su provincia de origen, su edad o su estatus dentro de la Compañía? Cualquier indicio de injusticia o favoritismo dentro de la comunidad debe ser considerado con mucha seriedad. El superior hará bien en solicitar el consejo de sus consultores cuando se susciten tales cuestiones. Si nuestras propias comunidades no están marcadas por la equidad y la justicia, nuestros ministerios *ad extra* en favor de la justicia y la paz carecen de credibilidad.

Responsabilidad ecológica

La preocupación de nuestras comunidades por la justicia se extiende asimismo a la justicia medioambiental. Dado que la Iglesia y la Compañía están cobrando creciente conciencia de las cuestiones ecológicas globales, nuestro estilo de vida en el plano medioambiental se ha convertido en un área de discernimiento apostólico y espiritual. Desde la CG 33 y, en especial, desde la publicación de *Vivimos en un mundo roto: reflexiones sobre ecología* (PI 70, 1999) y *Sanar un mundo herido* (PI 106, 2011), la preocupación por la ecología ha pasado a ser una dimensión del ministerio público jesuita. Los jesuitas hemos dedicado bastante tiempo al estudio de la justicia medioambiental. Pero quizá somos menos los que estamos tan versados en esto como en cuestiones de justicia política, social o económica, con las que la justicia ecológica invariablemente está relacionada.

Más que constituir un incordio colectivo, la justicia ecológica puede convertirse en una dimensión sumamente empoderadora y alentadora de nuestro testimonio comunitario en favor de la justicia. Aunque solo en los últimos tiempos se haya incorporado la justicia ecológica al espectro de ministerios jesuitas, se trata también de un área nueva en la que la comunidad realmente *es* ministerio. Es algo de lo que *podemos* tomar control, un área en la que *podemos* influir. Es fácil incorporar el “reducir, reutilizar y reciclar” a nuestro vocabulario y a nuestro estilo de vida común, convirtiéndonos así en una diminuta parte de la solución.

Sin embargo, al igual que nuestros demás apostolados, esto no puede ser asunto de una sola persona. De nada sirve la “conciencia” medioambiental de la comunidad si es percibida como fruto del sentimiento de culpa o de la preocupación de un miembro excéntrico. Tenemos que trabajar juntos como comunidad, y esto solamente es posible si todos apreciamos la integridad de la creación como un valor teológico y, por ende, espiritual. Sería derrotista e incluso –me atrevo a decir– una concesión al mal espíritu dejarnos inundar por un sentimiento de impotencia a la vista de los retos ecológicos globales.

La buena teología moral se basa en la buena ciencia y la ciencia precisa de buenos datos. Debemos comenzar, pues, por una revisión a fondo de nuestro estilo de vida común. Por ejemplo, cuando sabemos cuántos desperdicios reciclables o reutilizables genera la comunidad en una semana o en un mes, empezamos a cobrar conciencia de la necesidad de cambiar. Calcular cuánto combustible gasta nuestra comunidad a lo largo un año y, por consiguiente, cuántos kilos o toneladas de gases de efecto invernadero emitimos a la atmósfera en ese periodo de tiempo puede inducirnos a encontrar maneras alternativas de cocinar, calentarnos y viajar. La influencia que podemos tener es pequeña pero real, y hay que confiar en que nuestro ejemplo será seguido por otros.

Nos guste o no, el estilo de vida de nuestra comunidad es visible, y nuestros empleados, compañeros de trabajo y vecinos observan lo que hacemos. Nuestra resistencia a un estilo de

vida consumista y nuestro empleo racional de los recursos les edifica; nuestra sumisión a pautas consumistas, en cambio, les escandaliza. Que los miembros de una comunidad decidan, en aras de la justicia ecológica global, no cambiar de móvil la próxima vez que la compañía telefónica quiera atarlos a nuevos contratos o conservar durante un año más ordenadores que trabajan a velocidad inferior a la de la luz puede ser un testimonio positivo. El potencial de nuestro testimonio colectivo, sea positivo, sea negativo, es grande; y esta dimensión de nuestra vida comunitaria constituye una nueva área de ministerio.

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor



La espiritualidad jesuita, la comunidad y la práctica de la justicia social

John Bauman sj

Comunidades Pico, Oakland

Según los documentos de la Congregación General 35, “la identidad del jesuita y la misión del jesuita están enlazadas por la comunidad; efectivamente, identidad, comunidad y misión son una especie de tríptico que arroja luz para entender del mejor modo posible nuestra condición de compañeros... La identidad jesuita es relacional; crece en, y a través de, nuestra diversidad de culturas, nacionalidades y lenguas, enriqueciéndonos y desafiándonos” (d. 2, n. 19).

Estas páginas quieren ser una reflexión sobre la intersección de espiritualidad jesuita, construcción de la comunidad y práctica de la organización comunitaria con miras a la justicia social. La «comunidad» organizada es necesaria para la transformación de los individuos, las comunidades y las instituciones. La idea jesuita de comunidad como misión no se circunscribe a las comunidades jesuitas, sino que encuentra expresión en múltiples comunidades a lo largo y ancho del mundo. Esta reflexión se basa en las experiencias que he vivido en los últimos cuarenta y tantos años. En 1972, mi compañero jesuita Jerry Helfrich y yo pusimos en marcha un pequeño ministerio jesuita impregnado de espiritualidad ignaciana y basado en la práctica de comunidad. Ese ministerio se ha convertido en una poderosa red de organizaciones comunitarias comprometidas en el trabajo en pro de la justicia social. Esta red se llama PICO (*People Improving Community through Organizing, Personas que Mejoran la Comunidad Organizándose*), cuenta con 60 asociaciones afiliadas en 19 estados de los Estados Unidos y ahora está presente también en América Central (El Salvador, Guatemala), Ruanda y Haití.

San Ignacio intentó integrar la vida de oración y discernimiento con el trabajo activo. La espiritualidad ignaciana es un método práctico para pasar de la fe a la acción. Se dedica a la misión de construir el Reino de Dios. Miles de cristianos y no cristianos (católicos, protestantes, universalistas unitarios, judíos, budistas, musulmanes, etc.), varones y mujeres, jesuitas y laicos están involucrados en la organización comunitaria basada en la fe (FBCO, *faith based community organizing*). Creen que la construcción y práctica de la comunidad auténtica e informada por el Espíritu es parte esencial de la misión. En la organización comunitaria basada en la fe, esto se entiende como el ejercicio de poder que lleva a la acción efectiva en favor de la justicia social para transformar el mundo.

Antes de presentar algunos ejemplos de cómo la comunidad puede ser transformadora, es importante describir en qué sentido la organización comunitaria basada en la fe se asemeja a la idea jesuita de la comunidad como misión. Conforme una vez más a los documentos de la CG 35, “nuestra misión no se limita a nuestro trabajo. Nuestra relación personal y

comunitaria con el Señor, nuestra mutua relación como amigos en el Señor, nuestra solidaridad con los pobres y marginados y un estilo de vida responsable con la creación, son aspectos importantes de nuestra vida de jesuitas” (d.3, n.41). La organización comunitaria basada en la fe utiliza un paradigma que incluye la construcción de relaciones a través del contacto personal, la formación de comunidad mediante la planificación y la investigación, la acción con vistas al cambio como ejercicio de poder comunitario y, por último, la evaluación en cuanto medio de reflexión sobre nuestros valores y de discernimiento sobre el trabajo a realizar en el futuro. La organización comunitaria comienza por la persona que se esfuerza por vivir en consonancia con valores en los que cree profundamente. La primera revolución es interior. Al igual que quienes se confrontan con la llamada de Cristo en los Ejercicios Espirituales, quienes practican la organización comunitaria y la mayoría de los líderes se confrontan a través de otras personas con su propia disposición a actuar. A esta capacidad de actuar la organización comunitaria la denomina «poder». Tal poder procede del Espíritu y el Espíritu vive en la comunidad.

El primer principio de la organización comunitaria reza: “El poder es producto de las relaciones”. En la práctica del cara a cara, del contacto personal, la plantilla y los líderes se encuentran con las personas y valoran su dignidad y su potencial humanos, pero también experimentan la lucha diaria entre el bien y el mal (las dos banderas) que tiene lugar en todos y cada uno de nosotros. Todo contacto personal incluye una invitación a sumarse a otros en la empresa de construir una comunidad con el propósito de pasar a la acción. A medida que se va uniendo gente, las relaciones personales se entrelazan con el tiempo hasta propiciar la experiencia de comunidad. Sin embargo, no se trata de una comunidad que no tenga más objetivo que la comunidad misma. Antes bien, es una comunidad con un fin público: generar y ejercer poder a fin de transformar el mundo y contribuir a que este llegue a ser lo que debería ser. Los líderes se involucran en la vida cívica de su comunidad e identifican recursos, estructuras e individuos que necesitan ser transformados para configurar un mundo más justo. En el modelo de la organización comunitaria basada en la fe, los líderes llevan a cabo investigaciones y dirigen la acción comunitaria con el objeto de recordar a quienes detentan el poder la responsabilidad que les compete de adoptar decisiones que propicien mayor igualdad y justicia. Por último, la evaluación es un aspecto esencial del modelo de la organización comunitaria basada en la fe. Toda reunión concluye con una reflexión. Al igual que en el examen de los Ejercicios Espirituales, los individuos reflexionan sobre sus acciones, exigen cuentas unos a otros de sus compromisos individuales y colectivos, comparten lo que están aprendiendo y discernen qué pasos deben darse a continuación.

La experiencia de la comunidad como misión aconteció por primera vez durante la formación de la comunidad que inició la organización comunitaria en Oakland en 1972. Un grupo de jesuitas, voluntarios jesuitas y personal escasamente retribuido, con un tamaño que oscilaba de los doce a los veinticinco miembros, formó la «comunidad apostólica de organización comunitaria». Este grupo nuclear de personas se comprometió a dar respuesta a las necesidades de los habitantes de las zonas urbanas deprimidas de Oakland –como los primeros compañeros que se reunieron alrededor de san Ignacio cuando fue fundada la Compañía de Jesús–. El entusiasmo por la justicia social en este grupo fue alimentado por medio de asambleas semanales para orar y cultivar el compañerismo, reuniones semanales de la plantilla a fin de diseñar en común el trabajo de organización comunitaria y, por último, la interacción personal de los miembros del grupo, que se tenían auténtico afecto mutuo por el hecho de compartir una meta.

El ministerio de construir comunidad con una finalidad cobró forma cuando la plantilla recorrió de puerta en puerta los barrios más pobres de Oakland. Los organizadores

comunitarios mantuvieron contactos personales y se relacionaron con la gente allí donde esta estaba, no donde otros querían que estuviese. Para decidir qué se podía hacer para mejorar sus comunidades, los vecinos formaron grupos que recordaban a las “comunidades cristianas de base”. Por toda Oakland se organizaron grupos vecinales y miles de personas empezaron a abordar temas tales como las casas abandonadas, el deterioro urbano y la seguridad vecinal. Mediante pequeñas acciones comunitarias, aparecieron signos de revitalización: se arreglaron casas vacías, se limpiaron y mejoraron parques, se colocaron señales de stop, etc. En 1997 surgió en Oakland la primera organización PICO. Mil cien personas entusiastas se reunieron para fundar OCO (*Oakland Community Organizations*, Organizaciones Comunitarias de Oakland). Y lo que es sumamente importante: la plantilla y los líderes vivieron una experiencia de comunidad y de la fuerza inherente a esta. Las personas involucradas experimentaron una transformación personal y, como dice el eslogan del *Jesuit Volunteer Corps*, “ya nunca serán las mismas”¹. Si bien la aplicación del modelo no utilizaba lenguaje explícitamente jesuita, ni siquiera cristiano, la gente tenía claro su objetivo: la formación, multiplicación y experiencia de comunidades dedicadas a la lucha por la justicia social y con capacidad para iniciar sencillas transformaciones en sus barrios.

Hacia la mitad de la década de 1980, PICO pasó de un «modelo vecinal» de organización comunitaria a otro basado en la fe de la comunidad eclesial. Esto representaba una decisión consciente de facilitar una herramienta a grupos de creyentes comprometidos en la práctica de la justicia social. El carisma de la comunidad jesuita como misión se extendió a una nueva dimensión: la experiencia de reconfigurar las instituciones mismas. Las instituciones religiosas pueden anquilosarse y mirarse el ombligo. El verdadero reto que el Vaticano II plantea a la Iglesia es “ser en el mundo”. La organización comunitaria es un vehículo para que las comunidades de fe sean más auténticas y extiendan la comunidad más allá de sus muros, volcándose en la misión en favor de la justicia. La comunidad tiene virtud para transformar a la Iglesia en cuanto institución. Análogamente, la intersección de fe (valores), comunidad y acción puede transformar las instituciones públicas.

La comunidad alentada por los valores o por la fe es necesaria para transformar sistemas e instituciones, haciéndolos más justos, a través tanto de la presión externa como de la práctica interna de comunidad. Las escuelas, ya sean jesuitas, privadas o públicas, se cuentan entre las instituciones más importantes de una sociedad. Junto con la familia, la educación es una poderosa institución que aporta al individuo valores y oportunidades económicas. Suele ser la senda que saca de la pobreza; además, influye en la manera en que los individuos aprenden a expresar sus valores. Los estudiantes de clase baja, afroamericanos y de origen latino llevaban generaciones fracasando en las escuelas públicas de Oakland. El fracaso escolar era un fenómeno habitual y aceptado, que se caracterizaba por malos resultados académicos y elevados índices de abandono escolar. Esto se traducía en un camino directo para muchos de la escuela a la cárcel y en un sentimiento de desesperanza individual y colectiva. OCO tomó la decisión de rehacer el sistema educativo y algunas instituciones escolares concretas. A finales de la década de 1990, numerosas madres se congregaron en salones parroquiales por todos los barrios pobres para compartir la pena que les daba ver que sus hijos fracasaban en la escuela. La gente estaba frustrada de intentar en vano mejorar las escuelas para sus hijos. Confinados en la periferia, los padres y madres nunca estaban en el centro de atención de las escuelas y por regla general no eran ni siquiera bienvenidos. En el curso de unos cuantos meses, los padres y madres descubrieron e investigaron activamente el “modelo de la pequeña escuela” (*small school model*). Esta innovación educativa se basa en principios análogos a los de la organización comunitaria. Las escuelas

¹ “*Ruined for life*”, literalmente: [quedaron] arruinadas de por vida, Nota del Traductor.

se organizan partiendo de la idea de que todo el mundo –incluidos los gestores, los profesores, los padres y madres y también la comunidad– es un *stakeholder*, o sea, tiene interés en que las cosas funcionen lo mejor posible. Los *stakeholder* son responsables de tomar decisiones y pedirse cuentas unos a otros. Después de que un exitoso proyecto piloto consiguiera resultados académicos y sociales positivos para los estudiantes, OCO puso en marcha una campaña de diez años de duración para crear 80 nuevas escuelas y convertir el distrito escolar unificado de Oakland en el distrito escolar urbano más mejorado de toda California.

Inspirándose en enfoques basados en la investigación, OCO aplicó sistemáticamente durante 16 años una teoría de cambio. Aprovechando el poder de la organización comunitaria, OCO impulsó las siguientes demandas: financiación adecuada y equitativa; autonomía del centro escolar en lo concerniente a personal, presupuesto, calendario y programa; liderazgo de calidad y enseñanza eficaz; rendición de cuentas a la vista de los resultados; y barrios económica y socialmente estables que promuevan la excelencia escolar. Al mismo tiempo, los padres y madres organizados reclamaron para sí la plena participación, la propiedad y la responsabilidad necesarias para mantener en marcha el proceso de cambio en cada escuela concreta. La comunidad se organizó para ejercer presión desde el exterior sobre determinados sistemas e instituciones con el fin de transformarlos.

Con el paso del tiempo, los líderes y el personal de OCO aprendieron las siguientes lecciones:

El poder de la comunidad es importante. El cambio sistemático es un proceso político, y los intereses de las comunidades de color y sus aliados no serán oídos si no se organizan en todos los niveles (el barrio, la ciudad, el condado, el estado y la nación).

Las comunidades organizadas tienen poder. OCO se ha revelado como una fuerza política en Oakland capaz de mantener una trayectoria de mejora pese a haber sufrido siete cambios de presidente y haber sido intervenida en una ocasión por el estado de California.

Las relaciones son importantes. El adagio “hace falta todo un pueblo para educar a un niño” es cierto. El éxito del movimiento de pequeñas escuelas de OCO se basa en la experiencia de que, cuando todos y cada uno de los niños son conocidos por su nombre y están rodeados por una comunidad de adultos solícitos, no existe el fracaso escolar. Cuidar las relaciones debe ser un proceso continuo para lograr el cambio sostenido. Solo entonces es posible responsabilizarse colectivamente (gestores, profesores, personal no docente, padres y madres, aliados) de nuestras instituciones y de los estudiantes dentro de ellas.

Las escuelas deben ser “nuestras” escuelas. La propiedad y el poder, –que padres y comunidades privilegiadas habitualmente dan por supuesto– aún tienen que desarrollarse en las comunidades de color para poder alcanzar resultados equiparables a los de aquellas. La propiedad es esencial para la responsabilidad.

Todavía demasiados estudiantes de color –especialmente niños y muchachos afroamericanos– fracasan en la escuela. El abismo en el rendimiento académico no se está cerrando con la suficiente rapidez. La tasa de expulsiones y abandonos en los centros integrados de enseñanza secundaria es excesiva. OCO se ha comprometido a tomar buena nota de estas lecciones para aplicarlas en un espíritu de mutua colaboración y responsabilidad, de suerte que todos los estudiantes se gradúen en condiciones de realizar estudios superiores y ser buenos profesionales y ciudadanos.

La red PICO ha crecido enormemente en los últimos 30 años. Los relatos de crecimiento personal y organizativo están siendo compartidos ahora en América Central, Haití y Ruanda. La expansión de PICO a otros países constituye un importante hito. Hace siete años, el cardenal hondureño Óscar Rodríguez Maradiaga y los obispos de América Central descubrieron la promesa que representaba la actividad organizativa de PICO en Estados Unidos. Andaban buscando una herramienta para fortalecer el ministerio social de la Iglesia católica y, como resultado, invitaron a PICO a ayudarles a poner en marcha un esfuerzo organizativo en sus países. Dos años después, el pastor luterano John Rutsindintwarane, que había vivido la experiencia del genocidio de Ruanda, fue comisionado por la Iglesia Evangélico-Luterana de Estados Unidos y por la Iglesia Luterana de Ruanda para encontrar un instrumento que favoreciera el paso del reasentamiento poblacional al desarrollo sostenible. Tras una larga búsqueda, el pastor John encontró el modelo PICO. Ese año, el haitiano Francois Pierre-Louis decidió iniciar la organización comunitaria basada en la fe en Haití, un país diezmado por los desastres naturales y la corrupción política.

El deseo de responder a la llamada de estos individuos ha llevado a PICO a países que son cultural, étnica y organizativamente complejos y distintos de Estados Unidos. Al mismo tiempo, PICO ha constatado que su modelo y sus principios son aplicables en estos diversos escenarios. Formar comunidades capaces de ejercer poder puede suponer el cumplimiento de una misión de empoderamiento individual y transformación comunitaria que propicia un mayor grado de justicia social.

El trabajo internacional de PICO ya está marcando diferencias:

- El Salvador: con el apoyo del obispo Bolaños, equipos de liderazgo de catorce parroquias han ayudado a organizarse a unas 5.000 personas, que han celebrado eventos sanitarios para posibilitar tratamiento médico y medicamentos gratuitos a personas con bajos ingresos, garantizado el suministro de agua limpia y fiable, conseguido la aprobación de medidas de seguridad pública y prevención del crimen, reparado carreteras y puentes, patrocinado campañas contra la corrupción política y facilitado nuevos servicios para jóvenes mal atendidos. Aproximadamente 70 líderes de base de estas comunidades están comprometidos en una coalición nacional para garantizar el derecho de las personas a agua limpia y asequible. La inversión total realizada por estas comunidades con ayuda de créditos se estima en unos 6 millones de dólares.
- Guatemala: con el apoyo del obispo Pellecer, equipos de liderazgo de tres comunidades parroquiales han ayudado a organizarse a unas 1.800 personas, que han puesto en marcha campañas comunitarias contra la delincuencia y programas de prevención de la violencia, garantizando además la existencia de lavaderos públicos limpios y seguros.
- Ruanda: en los últimos cinco años, en el aislado poblado de Mumeya, donde conviven hutus y tutsis, el modelo organizativo PICO ha creado una comunidad en la que los líderes comprometen a los habitantes de sus poblados en una increíble expresión de fe y acción. Con el apoyo del obispo luterano y del Centro de espiritualidad Christus de la Compañía de Jesús, equipos de liderazgo multirreligiosos están desarrollando una actividad organizativa en cuatro comunidades. En Mumeya unas 5.000 personas participaron en la edificación de una clínica sanitaria con 38 habitaciones que atiende a una población de 30.000 personas y da empleo a 25, en la construcción de carreteras, en la implementación de proyectos de suministro de agua y de electrificación y en la creación de cooperativas

agrícolas. En Nyange se está capacitando a las mujeres para cocer y comercializar tejas. En Kigali, 100 mujeres están impulsando cooperativas laborales y artesanales, así como otras centradas en diferentes campos de desarrollo económico. En el Centro Jesuita Cristo, 40 jóvenes han formado una organización para fomentar oportunidades de empleo. Estos esfuerzos representan una inversión de 3 millones de dólares.

- Haití: en el más reciente esfuerzo organizativo de PICO, el obispo, el clero y los líderes locales de 14 comunidades parroquiales han empezado un proceso de organización y están planificando ahora un congreso fundacional que se celebrará en 2013. Al año siguiente se comenzará a trabajar en proyectos de desarrollo agrícola.

La red PICO, al igual que la Iglesia, las instituciones públicas y la sociedad en general, se enfrenta a los retos del crecimiento y la distancia. La intimidad de la comunidad inicial y la experiencia de misión en común pueden difuminarse, generando una sensación de desconexión. PICO intenta perfilar una respuesta a través de la renovación, recreación y reconexión de la comunidad consigo misma y con la misión; a través de la formación de nuevas comunidades y nuevos ministerios en solidaridad con los pobres y marginados; a través de la reflexión y el discernimiento espiritual tanto personales como colectivos.

Si practica con autenticidad la creación de comunidad como misión, PICO estará viviendo la espiritualidad de san Ignacio y el mandato de las congregaciones de la Compañía, con independencia de que se le dé ese nombre o no.

Quienes se dedican a la organización comunitaria y sus líderes comparten los mismos elementos que conforman la espiritualidad de la comunidad jesuita. Así, en la experiencia organizativa se incorporan asambleas comunitarias con el fin de forjar relaciones, perfilar una visión, formarse, reflexionar, dirigir, etc.

La organización comunitaria también persigue comprender la idea ignaciana de encontrar a Dios en todas las cosas a través del trabajo y la vida comunitaria. Quienes practican la organización comunitaria se esfuerzan por ayudar a la gente a discernir cómo sus talentos pueden dar respuesta a las principales necesidades de los demás. Por medio de esta tarea participan en la creación de un espacio vivo y sagrado para fomentar la fe activa.

El modelo de organización comunitaria de PICO hace algo tan importante como es crear –en el espíritu del respeto a toda dignidad y a toda vida– un sentimiento de solidaridad entre quienes viven en los márgenes de la sociedad. En este sentido, el modelo de organización comunitaria de PICO abre un espacio en el que la gente puede hacer presentes las historias de quienes han sido oprimidos, olvidados y desechados, haciéndolos colectivamente poderosos.

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor



Comunidad Jesuita “Mariano Campos sj” de Tirúa. Caminar, aprender y colaborar en territorio mapuche¹

Carlos Bresciani sj y Pablo Castro sj
Apostolado indígena, Chile

“La relación personal y comunitaria con el Señor, la mutua relación como amigos en el Señor, la solidaridad con los pobres y marginados y un estilo de vida responsable con la creación son aspectos importantes de nuestra vida de jesuitas. Dan autenticidad a lo que proclamamos y a lo que hacemos en el cumplimiento de nuestra misión”, CG 35, d. 3, n. 41.

Llegamos a Tirúa a comienzos del 2000. Campitos² de seguro bailó alegre en el cielo. Aunque ni siquiera lo conocimos en vida, su voz resonó fuerte en nuestros corazones: *“Recorriendo con Jesucristo esos senderos araucanos que invitan a avanzar, todo hijo de la Compañía de Jesús oye voces, voces de ultratumba: es la voz de la antigua Compañía, de sus ideales misioneros de avanzada... Son voces de gloria en el pasado, con ecos de reproche en el presente. Los actuales jesuitas chilenos admiramos la obra de nuestros mayores y sin embargo, hemos dejado caer de nuestras manos, precisamente la parte que ellos tenían más en el corazón: las misiones entre mapuches”.*

Para llegar a la decisión de fundar una comunidad apostólica de inserción junto a los mapuches pasaron muchos años. Varios estudiantes iniciamos estudios de lengua y cultura a mediados de los 80. Tomamos contacto con organizaciones urbanas de Santiago y fuimos acogidos por familias mapuches durante nuestras vacaciones que nos permitieron ir compartiendo sus vidas como la familia Ankán Painemilla que hizo de su casa un verdadero noviciado para muchos de nosotros. Pasaron al menos 15 años. Éramos jóvenes estudiantes. Pero la moción era del Señor y la perseverancia encontró su fruto.

A Tirúa llegamos por tres razones fundamentales: era un territorio mapuche cultural y políticamente activo³, la población del territorio era mayoritariamente mapuche, y -lo que pesó mucho- la presencia de la Iglesia católica era frágil y distante⁴. Antes debatimos si insertarnos en el mundo rural y o en la gran ciudad donde de hecho vive el mayor número

¹ Pueblo indígena de Chile.

² Mariano Campos Menchaca sj, sacerdote (1905 - 1980). Profesor de Historia que desde mediados del siglo XX visitó y misionó las comunidades mapuches de Sara de Lebu en donde vivió sus últimos años de vida. Su testimonio y sus narraciones fueron la mecha que encendió el fuego apostólico y solidario en nuevas generaciones de jesuitas de Chile que movilizaron a la provincia de Chile a retomar su misión apostólica junto al pueblo mapuche.

³ En esos años había sido electo alcalde de Tirúa Adolfo Millabur, primer alcalde mapuche de Chile.

⁴ La sede parroquial queda a 80 kilómetros del pueblo de Tirúa.

de mapuches hoy día. Porque aunque residen allí, su corazón continúa vitalmente vinculada a la tierra del sur, a sus comunidades de origen donde suelen retornar cada año a renovar el espíritu. Por lo mismo, decidimos que debíamos ubicarnos en el mundo rural, allí donde está el origen, donde nace también la búsqueda de los actuales mapuches urbanos.

Esta fue nuestra primera certeza y ha marcado nuestro modo de proceder y estar. La inserción ha sido el camino. El discernimiento comunitario la herramienta para caminar. La mesa compartida la mayor alegría. Nuestra fragilidad consagrada nuestra verdad más honda. El compromiso del cuerpo apostólico nuestro sostén. La justicia del evangelio nuestra pasión. La vida sencilla una bendición. Y hemos sido profundamente felices.

Ser acogidos... dejarnos enseñar

Nuestros primeros meses fueron pura novedad y mucha inseguridad. Nos sentíamos extranjeros, desubicados. Nos instalamos en el pueblo de Tirúa con el deseo de irnos a vivir a una comunidad mapuche. Pero eso ya no dependía de nosotros. Acostumbrados a vivir “en lo propio”, ahora dependíamos totalmente de ser acogidos como huéspedes; una experiencia tan desafiante como liberadora. Tampoco es fácil vivir la experiencia de la inutilidad. Estudiar y prepararse tantos años para llegar a un lugar donde uno experimenta que no sabe nada. El diálogo honesto entre los compañeros que vivimos esta experiencia fue fundamental. Pasamos bruscamente de la cultura meritocrática del “hacer” a vivir muchos días de silencio sin conocer la gente, sin saber el idioma, sin experiencia rural... Nos habíamos criado como jesuitas en una provincia marcada por la valoración de resultados cuantitativos y ahora estábamos descolocados. Las preguntas sobre la “utilidad” de la misión a veces eran desagradables: ¿Qué hacen allá? ¿En qué trabajan? Esto, guste o no, también fue y sigue siendo parte de la inserción. Aquí fue cobrando todo su valor el diálogo fraterno, el discernimiento comunitario y la fidelidad en la oración.

A los pocos meses varias familias mapuches nos manifestaron su disposición a recibirnos. Finalmente fuimos acogidos por el lonko⁵ Teodoro Huenuman y su esposa Marcelina Antivil. Fue un gesto de confianza y generosidad difícil de calibrar en ese entonces, pero que ha permanecido a lo largo de todos estos años. ¿Por qué habrían de confiar en los *winkas*⁶ cuya intención siempre ha sido arrebatarles la tierra? La confianza que nos expresaron fue enorme. El esfuerzo que hicieron para superar el temor de ser engañados fue admirable. Cuando nos invitaron, incluso pensaron que nos iríamos a vivir a su casa. Entonces les explicamos que éramos como una familia. Que aunque éramos puros hombres, también cocinábamos y cuidábamos la casa. La Papai Marcelina nos miró muy extrañada, pero siguió dispuesta a recibirnos.

Desde esta familiaridad con los Huenuman Antivil y con todos y todas quienes han compartido sus vidas con nosotros hemos aprendido a mirar de otro modo. Desde otra orilla. Sin ser dueños de nada y dependiendo de las confianzas tejidas en el encuentro de una mesa y un pan y un mate compartido. Sin grandes pretensiones se fueron abriendo caminos de colaboración y de alianzas. De las historias compartidas mate tras mate, y con mucho kilometraje recorrido, fueron surgiendo propuestas apostólicas, invernaderos familiares, organización de tejedoras, misas dominicales y unos bautizos en el lago. Harta búsqueda y también varios fracasos. Lo que comenzó como el sueño de algunos hoy se ha transformado en un proyecto insertado en el corazón del cuerpo de la provincia de Chile.

⁵ Autoridad mapuche.

⁶ No mapuches, tradicionalmente colonizadores.

Compartir la fragilidad y la consolación. Tender puentes

Vivir en una casa sencilla y pequeña (¡pequeña para estándares tradicionales jesuitas!), nos trae aparejado varias exigencias que se van transformando en bendiciones. Nos encontramos continuamente y no hay cómo esconderse. Eso implica la invitación a hacerse cargo los unos de los otros, de acompañar las alegrías y dificultades de cada uno. La Eucaristía cotidiana se fue transformando en el espacio más importante para ir reconociendo el paso de Dios en cada uno y para expresar también en libertad las ataduras y dificultades.

En una casa sencilla todos se sienten bienvenidos; nadie se experimenta excluido. Pobres y ricos comparten una misma mesa y una misma amistad. Nuestra comunidad es de puertas abiertas y es como un puente donde muchos y muchas se encuentran. Allí se reciben por igual los compañeros que nos visitan, los familiares, los vecinos, los amigos y las amigas, los mapuches y los chilenos. Allí la vida se teje entre todos desde la tarea sencilla de cada día. Allí nos vamos haciendo más amigos del Rey Eternal porque se hace amistad con los más pobres. Un capítulo aparte fue el proceso de discernimiento cuando construimos la casa. ¿De qué porte? ¿Qué es necesario apostólicamente y qué es costumbre pegada al cuerpo? ¿Cuánto podíamos vivir como nuestros vecinos y cuánto no? Fue un diálogo precioso, honesto. Una oportunidad que rara vez se nos da como compañeros. Vivir sencillamente en comunidad es una gracia maravillosa y fuente de gran consolación.

Juntos también tuvimos que aprender a reconocernos extranjeros en el propio país y a hacernos cargo de mucha historia ingrata para crear nuevos lazos de encuentro, de diálogo y de confianza. Aprendimos también a quedarnos sin palabras para que la palabra de la “gente de la tierra” (mapuche) vaya surgiendo en nuestras mentes y corazones. Hacer silencio ha sido toda una experiencia de conversión constante, pues los jesuitas estamos acostumbrados a llenarnos de palabras y a pensar que tenemos soluciones para todo.

Discernir buscando la voluntad del Señor

En diciembre de 2008, el provincial nos pidió hacer una evaluación del modo de nuestra presencia. Nos propuso “ponderar y valorar si el modo que hemos elegido es el más adecuado y si las tareas pastorales y los proyectos sociales son los que hay que mantener”.

Al principio nos costó bastante disponernos con libertad en la oración. Hicimos un ejercicio de sinceridad para reconocer nuestras propias inseguridades y resistencias. Teníamos temor a que el discernimiento nos indicara que debíamos apartarnos de lugares, personas u obras apostólicas muy queridas. Temíamos experimentar el fracaso o entrar en un proceso que se alargara demasiado. Pero también pudimos mirar el discernimiento como una oportunidad de fidelidad en la misión y una posibilidad de dar razón de la misma. Ya no estaba la sombra del efectismo apostólico que tensionó otros discernimientos anteriores y el discernimiento nos permitiría un diálogo comunitario honesto y fecundo. Pedimos insistentemente la gracia de la libertad y nos dispusimos a evaluar el camino recorrido en estos años.

El discernimiento fue en verdad un tiempo de gracia y confirmación. Pero no fue fácil. Después de reconocer que la etapa apostólica de toma de contacto y creación de confianzas estaba cumplida se nos trabó la pregunta por el futuro. Los contextos, la diversidad y complejidad de la realidad que teníamos al frente nos superaban con creces. En este momento fue fundamental hacer una repetición ignaciana. Habíamos avanzado como en línea recta. Habíamos vuelto a poner nuestra confianza en la claridad mental y habíamos abandonado la centralidad de la gracia. Volvimos a mirar desde el comienzo. Hicimos un

proceso de relectura de todo lo que habíamos escrito y caminado hasta aquí. Entonces surgieron muchas luces y se destrabó el paso.

Finalmente, presentamos al provincial el fruto de este recorrido espiritual. Pusimos la vida y la misión en las manos del Señor y Él nos confirmó en su paz. Consideramos que este frente apostólico de la provincia con su característica “amistad con los pobres” ha sido plenamente confirmado por la Compañía y la Iglesia.

Ser amigos de los pobres caminando hacia una Vida Buena

Ser presencia de la Iglesia encarnada en el mundo mapuche. Ser amigos de los pobres. Dar testimonio de lo visto y lo oído. Esta ha sido nuestra propia alegría y nuestra credibilidad. El modo de estar siempre abiertos y en discernimiento. Estamos en camino y desde la inserción buscamos la integración propia ignaciana incluyendo la reflexión y la incidencia participando de diferentes espacios y redes.

No hemos pretendido nunca que todo esté resuelto. El discernimiento también deja preguntas abiertas. La fidelidad se va construyendo cada día. La misión es del cuerpo y nosotros colaboradores. Los que se van sumando aportan sus propios talentos con libertad. Nadie es dueño, sino sólo el Señor. Probablemente nos ha ayudado en esta conciencia la experiencia de vivir permanentemente como huéspedes. Pero no sólo en términos territoriales. Para el pueblo mapuche es muy claro que somos huéspedes de este mundo. A Dios solo le pertenece. Nadie es “dueño”, sino solo el Espíritu que habita cada espacio y cada ser. De esta experiencia religiosa vital nace la invitación a vivir una Vida Buena, una vida en equilibrio con Dios, con los hermanos y hermanas y con la naturaleza.

Nuestra comunidad ha sido un espacio de discernimiento, de búsquedas y un lugar para que otros puedan asomarse a esta realidad. La colaboración con otros, el trabajo en equipo y las alianzas apostólicas son características fundamentales de nuestro modo de situarnos en misión. Nuestro modo de inserción nos potencia como vínculo y puente entre mundos distantes. La inserción, en todo caso, no termina nunca. Porque la vida compartida va poniendo los temas, generando lazos, tejiendo historias. No se participa verdaderamente de un funeral de tres días y tres noches hasta que se nos mueren los que hemos aprendido a amar. Y eso toma años... Entonces duele en serio. Entonces se llora de verdad. Entonces somos parte. Entonces hay inserción. Y así también se gozan las alegrías, se comparten las penas y se lucha por la justicia que el pueblo mapuche demanda.

Original español

Secretariado para la Justicia Social y la Ecología

**Borgo Santo Spirito, 4
00193 Roma**

+39 06689 77380 (fax)

sjes@sjcuria.org